

PÁGINAS SELECTAS

Rodolfo Rocker, Max Nettlau y Diego Abad de Santillán

NOTA EDITORIAL

Ediciones Tierra y Libertad se complace en ofrecer a los compañeros de habla española estos diferentes trabajos, recopilados en un volumen, editados hace ya cuarenta años por el Grupo Cultural **Ricardo Flores Magón**. Estos escritos, que tuvieron una gran difusión cuando se editaron, sufrieron un olvido, cuyas causas no es ahora el momento de analizar, y permanecieron almacenados un apreciable número de ejemplares. Esos ejemplares, reunidos los diferentes títulos en un solo volumen, forman como una nueva edición de trabajos valiosos y siempre oportunos por su contenido y por su enfoque, que responden a los cauces de los valores eternos del anarquismo.

Ediciones Tierra y Libertad tiene la convicción de que esta edición peculiarmente remozada de escritos viejos pero de significación siempre actual, será acogida con simpatía por los lectores consuetudinarios de nuestras ediciones y por quienes se asoman apenas al panorama ideológico del anarquismo.

Ediciones Tierra y Libertad agradece infinitamente a Grupo Cultural **Ricardo Flores Magón**, personalizado actualmente en el viejo compañero Nicolás T. Bernal, la oportunidad que nos ha brindado de realizar esta edición, ya que, sin su gentileza, ésta no hubiera sido posible.

Ediciones Tierra y Libertad

LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES Y LAS DIVERSAS TENDENCIAS DEL MOVIMIENTO OBRERO¹

DISCURSO DE RODOLFO ROCKER EN EL SEGUNDO CONGRESO DE LA A. I. T. (Ámsterdam, marzo de 1925)

Camaradas:

Si se quiere comprender justamente la posición del sindicalismo revolucionario con respecto a las otras tendencias del movimiento obrero socialista, es absolutamente necesario tener en cuenta el desenvolvimiento histórico del movimiento obrero en general.

* Ediciones del Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", México, 1925, recopiladas por Ediciones Tierra y Libertad. Digitalización: [KCL](#).

¹ Discurso de Rodolfo Rocker en el segundo Congreso de la A. I. T. en Ámsterdam, marzo de 1925, y resoluciones del mismo congreso con algunas apreciaciones de Diego Abad de Santillán.

El moderno movimiento obrero es un fenómeno proporcionalmente nuevo, que no puede confundirse con los movimientos anteriores de las clases oprimidas. Es el resultado natural de aquella gran transformación económica de Europa que se inició ya a fines de la Edad Media, y que pudo desenvolverse plenamente tan sólo después de las grandes revoluciones en Francia y en Inglaterra. La vieja sociedad feudal cayó en ruinas, y en todas partes surgieron, con desconcertadora proporcionalidad, nuevas formas de la vida social que modificaron a fondo, en pocas décadas, todo el aspecto de la sociedad europea. Comenzó aquel período formidable de la industrialización, que se convirtió en punto de partida de una nueva fase de la civilización humana y actuó poderosamente en todos los dominios de la vida espiritual y material.

Por una parte, las grandes revoluciones de Europa habían quebrantado violentamente los lazos con que la sociedad feudal había trabajado la evolución de las nuevas formas de producción; por otra parte, el adelanto de las ciencias había creado las condiciones previas para una transformación de la técnica, y por las organizaciones obreras, dictada por el Parlamento inglés para impedir a los proletarios toda asociación que se ocupara del mejoramiento económico de su situación.

Ese atentado brutal al derecho de organización de los trabajadores provocó, entre estos últimos, una enorme irritación, tanto más comprensible cuanto que los obreros que se querían someter a las leyes eran abandonados a la explotación ilimitada del capitalismo, sin defensa alguna. El proletariado inglés no se doblegó a la arbitrariedad de la burguesía, y como se le había privado del derecho de defender públicamente su causa, las organizaciones tuvieron que vivir clandestinamente y cumplir, en esa forma, su misión. Millares de trabajadores cayeron víctimas en esa lucha. Se les arrojó en las prisiones o se les envió, por vía administrativa, a las colonias penales de Australia, donde murieron y se corrompieron.

Pero los obreros resistieron todos los peligros, y las persecuciones draconianas, practicadas por el Gobierno, hicieron más irritada la lucha. Las luchas económicas, dirigidas por los sindicatos clandestinos, adquirieron carácter extraordinariamente violento; en algunos casos llegaron hasta la insurrección armada. Los trabajadores destruían las instalaciones mecánicas, ponían fuego a las fábricas, devastaban las materias primas y castigaban con la muerte a los traidores de sus propias filas. Es claro que la organización sindical clandestina tenía que imponerse los más grandes sacrificios en esa lucha; pero ni aun las peores persecuciones fueron capaces de destruir las asociaciones secretas de los trabajadores.

Como se ha dicho, ese movimiento no ha sido inspirado de ningún modo por ideas socialistas: nació de las condiciones prácticas de la vida, como un baluarte natural contra las inauditas pretensiones y las ansias explotadoras del capitalismo. Las organizaciones de los trabajadores de aquel período eran, en el sentido más completo de la palabra, comunidades de intereses que perseguían el fin de hacer todo lo favorable que fuera posible la situación obrera dentro de la sociedad capitalista, y como medios de acción en sus luchas debieron servirse de la huelga, el boicot, el sabotaje, etc.

Después que en 1825 se reconoció legalmente por el Parlamento inglés el movimiento sindical, intentó Robert Owen, el precursor del socialismo inglés, inspirar los sindicatos, allá por 1830-35, con un espíritu socialista. La Grand National Consolidated Trades Union, que fundó con otros para ese objetivo, se conquistó en poco tiempo grandes simpatías entre los trabajadores; pero cayó pronto, víctima de las monstruosas persecuciones del Gobierno. Parcialmente había contribuido también a sellar su ruina el movimiento recién surgido de los chartistas, pues esta primera forma del movimiento obrero político-parlamentario despertó, en las vastas masas del proletariado, esperanzas que no podía, naturalmente, colmar.

Mientras que en Inglaterra se desarrollaron de ese modo las primeras organizaciones del moderno movimiento obrero, surgió en el Continente, principalmente en Francia, una gran serie

de escuelas socialistas y social-reformistas que aspiraban a una transformación, mayor o menor, de las bases económicas de la sociedad. Hombres como Fourier, Saint-Simon y sus discípulos y algo más tarde Leroux, Cabet, Proudhon, Vidal, Pesqueur, Blanc, etc. -junto a ellos los jacobinos socialistas, que se agrupaban en sociedades secretas en el tiempo del llamado reinado civil, en torno a Blanqui y Barbés- tuvieron, no obstante sus diferencias teóricas y tácticas, un punto como denominador común: Habían reconocido todos que las transformaciones puramente políticas no eran capaces de resolver los problemas sociales que resquebrajaban la sociedad. Por eso buscaron la solución de esos problemas en la transformación de las condiciones económicas sobre una base más o menos socialista. Algunos de ellos intentaron eso, absteniéndose de toda actividad política; otros creyeron que alcanzarían su objetivo mejor por la aspiración a introducir en la política una ideología socialista.

La mayor parte de esas tendencias -con excepción de las sociedades babouvistas, que se componían en mayoría de obreros- eran integradas casi exclusivamente por elementos intelectuales y por miembros de las clases poseedoras que aspiraban, por razones ideales, a la abolición de la miseria social. Pero sus ideas hallaron al principio poca comprensión entre las masas. Tan sólo más tarde, cuando nacieron del seno de la clase obrera francesa las llamadas "asociaciones", como primera forma del movimiento obrero del país, hallaron difusión también en el proletariado las ideas de los pensadores socialistas. Fueron especialmente Louis Blanc, y después Proudhon, los que tuvieron la mayor influencia en el desenvolvimiento espiritual de las asociaciones, que por lo demás no hay que confundir, como se hace a menudo, con las actuales cooperativas.

Pero ese joven movimiento de la clase obrera francesa, como todos los demás gérmenes del movimiento obrero en Francia, fueron sofocados por el golpe de Estado de Luis Bonaparte; y cuando el movimiento surgió a nueva vida en 1860-70, adoptó más y más un carácter sindical fuertemente influenciado por las ideas socialistas.

De los sindicatos de Inglaterra y Francia nació más tarde la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyos orígenes ideológicos se pueden perseguir en esos países hasta 1830-40 y 1840-50. La Internacional no fue el parto de algunos cerebros ingeniosos, no nació de la idea de algunos elegidos, sino del seno de las masas laboriosas y se formó según sus deseos y necesidades.

En el mismo sentido se realizó también el desenvolvimiento espiritual de la Internacional. Sus ricas fuentes no manaban del cuarto de estudio del sabio, sino de las luchas prácticas de la vida cotidiana, de las mil experiencias de un presente combativo. Si las revoluciones de sus primeros congresos en Ginebra (1866) y Lausanne (1867) eran muy indefinidas y moderadas, las luchas prácticas de los años siguientes fueron la mejor escuela de los trabajadores para el desenvolvimiento de sus ideas.

Las resoluciones de los congresos de Bruselas (1868) y de Basilea (1869) nos muestran la Internacional en el punto culminante de su evolución espiritual. En el congreso de Basilea desarrolló el belga Hins el gran pensamiento de la unidad política de las comunas y de la reorganización de la sociedad por los sindicatos. "De esa doble forma de organización de las asociaciones obreras locales y de las federaciones generales de industria -dijo Hins- se producirá, por una parte, la administración política de las comunas y, por otra, la representación general de trabajo, tanto regional como nacional o internacionalmente. Los consejos de las organizaciones de oficio y de industria sustituirán los actuales gobiernos, y esa representación del trabajo disolverá, de una vez por todas, los viejos sistemas políticos del pasado".

Ese nuevo y fecundo pensamiento nació de la convicción que toda nueva forma económica del organismo social condiciona también una nueva forma de la organización política, y sólo se puede realizar dentro de ella. Por esa razón debe aspirar también el socialismo a una forma

política especial dentro de la cual podrá entrar en la vida, y se creyó haber hallado esa forma en el sistema de los consejos del trabajo (soviets). Los trabajadores de los países latinos, donde halló la Internacional su punto principal de apoyo, desarrollaron su movimiento sobre la base de las organizaciones económicas de lucha y de los grupos de propaganda socialista, y obraron en el sentido de las resoluciones de Basilea.

Como reconocieron en el Estado el agente político y el defensor de las clases poseedoras, no aspiraron de ningún modo a la conquista del poder político, sino a la supresión del Estado y a la abolición del poder político en todas sus formas, reconociendo en él con seguro instinto la condición previa de toda tiranía y de toda explotación. Por esa razón no pensaron en imitar a la burguesía, fundando un nuevo partido y abriendo el camino a una nueva clase de políticos de profesión. Su objetivo era conquista de la tierra y de las fábricas, y reconocieron bien que era ese fin el que los distinguía profundamente de la politiquería de la burguesía radical.

Partiendo de la convicción que la dominación del hombre por el hombre había tenido su tiempo, trataron de familiarizarse con la idea de la administración de las cosas. Opusieron a la política gubernamental de los partidos la política económica del trabajo. Se comprendió que debe emprenderse la reorganización de la sociedad en sentido socialista, en los talleres y en las fábricas, y de ese reconocimiento nació la idea de los consejos en su forma primitiva y legítima.

La tendencia libertaria dentro de la Internacional comprendió perfectamente que el socialismo no puede ser dictado por ningún Gobierno; que debe más bien desarrollarse de abajo arriba, del seno del pueblo laborioso; que los trabajadores mismos debían tomar en sus manos la administración de la producción y del consumo. Fue esa idea la que opusieron al socialismo de Estado de las diversas tendencias. Y esas disidencias internas entre el centralismo y federalismo, esas diversas interpretaciones sobre la misión del Estado como factor de transición al socialismo, formaron también el punto central de la contienda entre el ala autoritaria y el ala libertaria de la gran asociación obrera. Marx y Bakunin fueron simplemente los representantes más distinguidos en esa lucha, que tenía declarado carácter teórico y lo tiene aún, aun cuando el personalismo interviene a menudo.

Mientras la Internacional quedó fiel a los principios de su organización federalista, floreció poderosamente y se desarrolló más y más como el poder organizado del trabajo contra el sistema del capitalismo internacional. Ni las diversas tendencias ideológicas en sus filas pudieron interrumpir esa evolución, pues se comprendió que el movimiento obrero no era ninguna iglesia. Pero todo eso se modificó de inmediato cuando el consejo general, bajo la influencia de Marx y de Engels, intentó disminuir los derechos de las federaciones y comprometer éstas a participar en la acción político-parlamentaria. Ese ensayo de transformar la Internacional en una máquina electoral debió provocar la protesta más viva de parte del ala libertaria, y llevó naturalmente a la escisión y a la decadencia ulterior de la gran asociación. Ese fue el comienzo de aquel triste fenómeno que se repitió desde entonces continuamente en el movimiento obrero de todos los países; mientras que la organización sobre una base económica ha sido siempre un elemento de unidad entre los trabajadores, se demostró la política de los llamados partidos socialistas como un factor de descomposiciones internas y de achatamiento.

Fue una gran fatalidad el que el socialismo libertario de los países latinos, donde ha sido más fuerte la Internacional, fuera impulsado después de la guerra franco-prusiana, de las derrotas de la Comuna de París y de las insurrecciones cantonalistas españolas (1873), por medio de las leyes de excepción de la reacción victoriosa, durante largos años, al escondrijo de un movimiento clandestino. Durante ese período se desarrollaron en los demás países, principalmente en Alemania, los llamados partidos obreros socialistas, una nueva institución en el movimiento obrero que anudaba sus aspiraciones a las tradiciones de los comunistas de Estado franceses y de los chartistas. Al conformar más y más esos nuevos partidos su actividad

a la acción parlamentaria de la clase obrera y al ver en la conquista del poder político la primera condición para la realización del socialismo, crearon paulatinamente una ideología, fundamentalmente distinta de la ideología socialista que perseguían los trabajadores de la primera Internacional. El parlamentarismo, que asumió en los partidos obreros rápidamente una posición dominante, sedujo una cantidad de elementos pequeño-burgueses y de intelectuales ansiosos de hacer carrera en el campo de los partidos socialistas, lo cual ayudó a acelerar ese proceso más aún.

Así apareció, en lugar del socialismo de la vieja Internacional, una especie de producto sucedáneo del socialismo, que no tenía de común con éste más que el nombre. Los modernos partidos obreros y los sindicatos que cayeron bajo su protección espiritual se desarrollaron más y más como partes integrantes de sus respectivos Estados nacionales. El socialismo perdió para sus jefes gradualmente el carácter de un ideal de cultura llamado a disolver la sociedad capitalista, y que por consiguiente no podía detenerse en las fronteras de los diversos Estados. Se confundió cada vez más en ellos el interés del Estado nacional con el interés del partido, hasta que al fin no fueron capaces de trazar una demarcación determinada, lo que se hizo notorio sobre todo en el tiempo de la guerra mundial. No podía menos de suceder, pues, que los llamados partidos obreros se integraran poco a poco como un elemento necesario del Estado nacional, lo mismo que cualquiera otra institución destinada a la conservación y fortalecimiento del mismo.

Del reconocimiento de esos hechos surgió hacia 1895 el moderno movimiento sindicalista, que en el fondo no era más que una continuación natural de aquella gran corriente de la vieja Internacional que se expresó en su ala libertaria. El sindicalismo revolucionario es la encarnación de aquella tendencia en el moderno movimiento obrero que aspira a una asociación económica de todos los que trabajan para libertarlos por la vía de las acciones directas y revolucionarias del yugo capitalismo, y de las instituciones estables, y prepararlos para la reorganización de la sociedad sobre la base del socialismo libertario o anarquista. En oposición a los partidos obreros de los diversos países, el sindicalismo no quiere agrupar los trabajadores en determinados partidos políticos; sus aspiraciones se dirigen más bien a la asociación de los trabajadores en su cualidad de productores y a hacerles comprender que toda la existencia de la sociedad depende de su actividad productiva.

Es, pues, la asociación económica de los trabajadores la que desean los sindicalistas y en la cual ven la condición esencial para la liberación de las clases proletarias. Para los sindicalistas el sentido de la organización no es ningún concepto inanimado, sino un fenómeno condicionado por las conexiones internas de la vida social, que tiene su origen en las incontables y variadas necesidades de los hombres. La misión de la organización sólo puede ser cumplida si los intereses actuales, y las manifestaciones de la voluntad de sus miembros están firmemente arraigadas y orgánicamente confundidas en ella. Sólo desde ese punto de vista tiene también sentido y significación el problema, tan debatido hoy, de la organización unitaria. En oposición a los partidos políticos obreros los sindicalistas ven en la organización económica la base natural y verdadera de la unidad proletaria. Partido es siempre fragmento de un todo que quiere imponer desde fuera al todo sus fines particulares. La unidad interna de la clase obrera no significa, pues, un amontonamiento arbitrario de elementos que se repelen bajo la fuerza de una muerta disciplina; debe más bien nacer de las necesidades totales de los intereses y aspiraciones comunes y hallar en ella su base natural. Lo decisivo no es *una* organización, sino la comunidad de intereses y aspiraciones. Sólo en las organizaciones económicas del proletariado es posible tal unidad, porque en ellas los trabajadores están ligados directamente a su obra y son personalmente detentadores, combatientes y defensores de sus intereses, mientras que en la llamada política son únicamente figuras externas para la codicia de los partidos e instrumentos para determinados intereses particulares que se les presentan falsamente como propios.

El sindicalismo revolucionario es un movimiento de clase, y está, como tal, en el terreno de la lucha de clases revolucionarias y de la acción directa. Su misión es doble: por una parte aspira a mejorar todo lo posible la situación de los trabajadores dentro del orden social capitalista y a proteger el trabajo contra los golpes de los explotadores y del Estado, mediante el empleo de los medios revolucionarios de lucha, como la huelga, el boicot, el sabotaje, etc. Por otra parte considera como su tarea más elevada abrir el camino hacia un nuevo orden social de cosas y entrar prácticamente en la ruta que llevará a poner en manos del pueblo laborioso la administración de toda la vida social y económica. Esa misión es la que da su sello especial al sindicalismo revolucionario y la que revela su significación histórica para el futuro. Pues sólo en las organizaciones económicas, inspiradas por el espíritu revolucionario, puede prepararse la reorganización de la sociedad y adoptar una estructura firme en un momento dado. Es comunidad de intereses y de ideas al mismo tiempo y rechaza profundamente todo dualismo en el movimiento obrero que aspira a revestir las aspiraciones espirituales de los trabajadores y la defensa de sus intereses económicos y sociales en formas de organizaciones especiales.

Si el sindicalismo revolucionario aprovecha toda posibilidad de satisfacer las necesidades momentáneas de los trabajadores y aspira siempre a las acciones directas para conseguir un mejoramiento de sus condiciones económicas, o determinadas ventajas en el dominio político y social, acontece eso en la suposición de que mediante tales concesiones se producen para los trabajadores ciertos beneficios momentáneos, no obstante no modificarse en nada su condición de esclavos del salario. Por tal motivo esas luchas cotidianas deben ser dirigidas siempre indicando el gran objetivo del movimiento y ser consideradas por decirlo así como escaramuzas de vanguardia para su liberación definitiva, que se conseguirá sólo en lucha contra el capitalismo y la autoridad del Estado. Es esa actitud la que distingue radicalmente el sindicalismo de todas las tendencias reformistas, tanto por sus fines como por sus métodos.

Pero las luchas continuas por la conquista del pan cotidiano y el mejoramiento de la situación general de la vida, tienen, además, otra significación que les presta un alto valor ético. Son la mejor escuela educativa para los trabajadores, para el empleo y el profundizamiento de sus sentimientos sociales y de sus iniciativas personales en los cuadros de la ayuda recíproca y de la cooperación solidaria. Así se convierte el sindicato en un lugar de educación para la continua evolución de las capacidades intelectuales y morales del proletariado y en un campo de acción para el desenvolvimiento de sus mejores cualidades sociales e individuales. La organización económica de lucha se transforma para él de ese modo en palanca de sus luchas constantes contra los poderes de la explotación y de la opresión, y al mismo tiempo en el puente para llegar del infierno del sistema estatal capitalista al reino del socialismo y de la libertad.

Por la ideología de los sindicalistas revolucionarios es fácil deducir la actitud de la A. I. T. frente a las otras tendencias del movimiento obrero. Es indudable que las federaciones nacionales que integran la A. I. T. representan una tendencia especial en el movimiento obrero, tanto por lo que se refiere a la finalidad como por lo que se refiere a los métodos con los cuales aspiran a realizar esa finalidad. Estamos convencidos que la liberación de la clase obrera únicamente puede realizarse por los medios que nosotros propagamos constantemente entre las masas y por eso debemos tener en cuenta siempre la independencia orgánica de la A. I. T. en todas las circunstancias, si no queremos destruir de otro modo, con las propias manos, la obra que hemos creado.

En verdad, consideramos a los trabajadores asociados en otros campos del movimiento obrero internacional, no como enemigos; son nuestros hermanos de clase y nuestros compañeros de dolor que sufren bajo la misma presión que nosotros, y todos nosotros tenemos interés en ganarlos para nuestras ideas. Nuestra actitud frente a esos trabajadores está siempre inspirada por los sentimientos de la solidaridad de clase, y debemos tender siempre a despertar en ellos la seguridad de que en todas las grandes luchas que les imponen el capitalismo y el Estado

pueden contar con nosotros. En una palabra: nos sentimos ligados a los trabajadores de todas las tendencias y partidos dentro del movimiento socialista general, por el lazo de clase.

Pero nuestra actitud es diversa frente a las organizaciones a que esos trabajadores pertenecen. Aquí se trata de confirmaciones espirituales y de premisas tácticas radicalmente distintas, que no sólo criticamos, sino que a menudo debemos combatir, porque las experiencias de largos años y la más íntima convicción nos señalan que esas aspiraciones son un obstáculo directo para la emancipación de la clase obrera.

Por tanto, nuestra actitud frente a los modernos partidos obreros es clara. Ya nuestros precursores del tiempo de la primera Internacional han predicho a los portavoces de la acción parlamentaria que su táctica llevaría necesariamente a un completo abandono de los principios sociales y al aburguesamiento de todo el movimiento. Hoy vemos en toda la línea que esos temores no carecían de fundamento. Las mismas gentes que entraron en liza para conquistar el poder político tienen este único resultado que señalar: que su política ha conquistado su socialismo desde hace mucho tiempo. Los llamados partidos obreros comienzan en su juventud a considerar el parlamentarismo como medio de agitación, y la mayoría de ellos, especialmente en Alemania, incluso rechazaron radicalmente toda colaboración positiva en el Parlamento. Pero del "parlamentarismo negativo" surgió por sí misma, más tarde, la colaboración positiva en la legislación, y después de haber llegado hasta allí, todo lo demás se produce con fatal consecuencia.

En revisionismo que se pronunció primeramente por la participación de los socialistas en los gobiernos burgueses fue al principio fuertemente combatido, y el congreso socialista internacional de París en 1900 aprobó aquella famosa resolución de Kautsky, en la que se declaraba que "la social democracia no puede aspirar a una participación en el gobierno dentro de la sociedad burguesa". Desde entonces el cuadro se ha modificado completamente. El revisionismo venció en toda la línea y los partidos socialistas obreros de todos los países están hoy fuertemente tan confundidos con las instituciones de los Estados nacionales burgueses, que no se puede menos de tomarlos por elementos integrantes de los mismos y dejarlos fuera de nuestra consideración como factores favorables a las aspiraciones de una emancipación internacional de los trabajadores de las cadenas del salariado y del Estado de clases.

También se ha modificado absolutamente la concepción del Estado de esos partidos. Si la mayoría de ellos defendió el viejo punto de vista marxista de que con la desaparición de las clases debe languidecer también lentamente el Estado, hoy los más famosos teóricos de la social democracia alemana son de opinión que el Estado fortificará en el futuro más aún sus dominación sobre los más diversos dominios de la vida social, y que las premisas de Marx y Engels en ese sentido han sido completamente falsas.

Es claro y comprensible que la A. I. T. no tiene nada que ver con esas tendencias. Se trata aquí de corrientes diametralmente opuestas a su actitud, tanto teórica como táctica. También es natural que una acción común de tendencias diversas, de las cuales unas limitan su actividad casi exclusivamente a la acción parlamentaria, y la otra asegura sin cesar a los trabajadores que sólo alcanzarán sus fines por la vía de la acción directa, es imposible. No rechazamos la acción política, pues toda gran lucha económica, toda propaganda antimilitarista o antiestatista, son en sí y por sí de naturaleza política; pero rechazamos aquella acción política que se expresa en la actividad parlamentaria porque vemos en ella una desviación de los trabajadores.

Pero con respecto a los partidos comunistas y a sus diversas sucursales en Europa y América nuestra actitud no puede ser otra. Tiene todas las fallas y los defectos del partidismo centralista y es autoritario hasta la medula. En realidad los partidos comunistas de los diversos países son simples órganos de la política exterior de la comisariocracia rusa, fundada sobre los mismos principios de mando que cualquier otro despotismo de clase. Para la liberación de los

trabajadores del yugo del salariado y de la tutela estatista, los partidos comunistas entran tan poco en consideración como los partidos socialdemócratas, de los cuales, por lo demás, no se distinguen teóricamente. Si los últimos son válvulas de seguridad para las clases poseedoras, los partidos comunistas sólo son instrumentos de presión para las artes gubernativas del Estado bolchevista. A eso se añade que los partidos comunistas, por su método jesuítico de la formación de núcleos dentro de otras organizaciones a fin de destruirlas, se han convertido en un peligro especial. Fue ese hecho el que llevó a los anarquistas sindicalistas de Alemania, en su congreso de Dusseldorf, a aprobar la resolución, según la cual los miembros de un partido político no pueden ser miembros de su organización. Claro está, no es mi intención querer valorizar internacionalmente esa resolución; eso corresponde a las organizaciones de los diversos países. Me basta señalar aquí una vez más un peligro que existe aun para nuestras organizaciones y que no debe pasarse por alto.

Por lo que se refiere a las dos Internacionales sindicales, la de Ámsterdam y la de Moscú, podría repetir aquí lo mismo que he dicho ya con respecto a los llamados partidos obreros. La Internacional amsterdámica es el símbolo del más acabado reformismo en el terreno político y sindical. Aunque sus organizaciones nacionales representan corporaciones orgánicamente independientes, están por completo bajo la influencia espiritual de los partidos obreros reformistas, con los cuales colaboran casi en todas partes íntimamente. Ese estado de cosas no sólo condiciona su actitud posibilita frente a todas las aspiraciones del porvenir: es también decisiva para sus métodos, que se han reducido más y más a un continuo negociar, con la mayor exclusión posible de todas las grandes luchas. De ese modo no sólo es quebrantado sistemáticamente el valor combativo de los trabajadores, sino que todas las luchas inofensivas, postergando así a un lejano futuro la emancipación de los trabajadores.

Pero la llamada Internacional Sindical Roja no es nada más que una sucursal del partido comunista. Sus principios y sus estatutos son tan inconciliables para el sindicalismo revolucionario y antiautoritario como los principios de Ámsterdam. Después de haber fracasado definitivamente la I. S. R. en la captación de las organizaciones del sindicalismo revolucionario, para los fines de los partidos comunistas, se aspira ahora en Moscú a realizar una fusión con Ámsterdam, que tarde o temprano será un hecho. El señor Losowsky ha olvidado hoy que hace muy pocos años calificaba a la Internacional amsterdámica de institución peor que la organización Orgesch de los fascistas alemanes, y buena hoy con todo celo la adhesión a Ámsterdam. Y esto es natural, pues las aspiraciones socialistas-estatistas de ambas tendencias, que en realidad sólo pueden calificarse de capitalistas-estatistas, son las mismas, aunque la fraseología de ambas es por ahora un tanto diferente todavía.

También frente a esas tendencias representa la A. I. T. un principio determinado y un determinado método, que manifiestan simultáneamente la divergencia interna entre nuestra Internacional y las Internacionales de Ámsterdam y Moscú. De una parte el socialismo; de otra el capitalismo de Estado. De una parte organización de abajo arriba sobre la base del federalismo y del libre acuerdo; de otra la tutela dictatorial de las masas por una cierta oligarquía de jefes sobre la base del centralismo. De una parte libertad; de otra autoridad. Y de esa diversidad de principios resulta la diversidad de métodos, que están íntimamente ligados a los primeros.

Por esa razón no debemos dejarnos engañar por el griterío histórico, especialmente de los moscovitas, que sólo persigue el propósito de encubrir la ruta hacia Damasco de la I. S. R. La unidad a todo precio no es más que un sofisma ordinario, sin sentido ni contenido. Hay una unidad que resulta por sí misma de la comunidad de los intereses, de la conformación espiritual y de las aspiraciones generales. En ese caso la unidad significa fortificación y desenvolvimiento de las ideas. Pero hay también una unidad ficticia que quiere obtener el acoplamiento de elementos que se rechazan, valiéndose de una ciega y mecánica disciplina. En ese caso la unidad significa debilidad y muerte de todo desenvolvimiento espiritual.

No somos sectarios. Sabemos que no se puede poner todo a un mismo tono en una misma organización y menos aún en una asociación internacional de diversas organizaciones centrales. Al contrario, hasta somos de opinión que pueden ser de gran utilidad diversas opiniones sobre ciertos asuntos dentro de la misma organización, pues con ello se fomenta la evolución espiritual y se excita la independencia del juicio. El mismo fenómeno se advierte en la A. I. T. Pero a pesar de ciertas diferencias entre nosotros, que en gran parte son dadas por las condiciones de la evolución del movimiento en los diversos países, hay líneas generales determinadas sobre las que estamos de acuerdo y que anudan entre nosotros el lazo de la unidad orgánica. Querer destruir tal unidad en mérito a pequeñas divergencias de importancia secundaria, no sólo sería una locura, sino un crimen directo contra la causa que defendemos.

Pero es igualmente pernicioso el querer forzar, por razones puramente oportunistas, una unidad orgánica entre diversas tendencias que no pueden asociarse ni por sus principios ni por sus métodos. En tales casos se trata siempre de una especie de oposición espiritual que no beneficiará nunca un movimiento.

Cuando Fernand Pelloutier defendió en su tiempo la unidad sindical de los trabajadores frente a los partidos políticos, defendía un pensamiento fecundo y grande, del que pudo surgir tan sólo el sindicalismo revolucionario. Pero cuando nuestros camaradas de Francia se han hecho un dogma de aquel pensamiento y creen todavía que se puede obtener una unidad entre elementos que de ningún modo pueden unificarse, se convierten en víctimas de una tradición que no fomentará el sindicalismo revolucionario, sino que lo destruirá inevitablemente. Honra a nuestros compañeros la buena voluntad, pero la experiencia nos ha señalado que sus ensayos morbosos en pro de una unidad que en realidad no es tal y sólo paralizaría por la desmenuzación interna la fuerza combativa de todo el movimiento, sólo han debilitado el sindicalismo revolucionario en su país. Una actitud clara y decidida no sólo habría podido crear a la A. I. T. una base en Francia y asociar a los camaradas con los sindicalistas revolucionarios de todos los países, sino que habría podido obstaculizar o debilitar el triunfo de la Internacional comunista sobre la C. G. T. U.

Si se toman en consideración todas esas cosas, es claro que la A. I. T. debe conservar bajo todas las circunstancias su independencia frente a todas las demás tendencias del movimiento obrero, si no quiere abandonar su finalidad y la gran herencia de ala antiautoritaria de la primera Internacional, cuyo nombre lleva. Ciertamente hay para nosotros momentos en que una marcha común con otras tendencias es necesaria y puede estar condicionada por la situación; pero hasta en tales momentos es el más alto imperativo la conservación de la independencia orgánica de la A. I. T.

Según mi opinión, una cooperación estrecha y saludable con otros grupos ideológicos antiautoritarios, en tanto que reconocen la necesidad de la organización sindical y ayudan a fomentar la finalidad de la A. I. T., no sólo es posible, sino que es también altamente deseable. Sería estúpido querer colocar esas agrupaciones al mismo nivel de los partidos políticos. En España, por ejemplo, hemos visto que desde el tiempo de la primera Internacional ha tenido lugar una cooperación armónica entre los camaradas anarquistas y el movimiento en general, y sería muy lamentable que se perturbara jamás esa situación allí. El anarquismo ha inspirado en España los sindicatos y les ha dado objetivo y dirección, y por otra parte, el movimiento sindical ha preservado a los anarquistas de la pérdida del contacto con el movimiento obrero y sus luchas cotidianas. Lo mismo ha sucedido en otros países, especialmente en América del Sur. La misma medida podríamos aplicar a las organizaciones antimilitaristas y a los grupos culturales afines a nuestras ideas. Naturalmente en tales circunstancias deben ser tenidas en cuenta las condiciones de los diversos países y ser examinadas por los compañeros mismos.

Pero hay también posibilidades en que no se trata únicamente de cooperación con tendencias espiritualmente afines, sino que tal cooperación es condicionada con otras tendencias del

movimiento obrero, aun cuando sus aspiraciones se oponen a las nuestras. Tales casos son determinados por los acontecimientos repentinos de naturaleza social y política de un modo espontáneo. Me recuerdo, por ejemplo, del putsch de Kapp en Alemania. Estaba claro que en ese ensayo de restablecimiento de la monarquía y del viejo régimen debían entrar en acción todas las tendencias del movimiento obrero alemán. Querer permanecer neutral en un caso como ese no sólo sería echar el agua al molino de la reacción, sino un suicidio directo del propio movimiento.

Pero cualesquiera que sean las medidas y las alianzas a que nos impulsen las circunstancias, no debemos nunca perder de vista la independencia de nuestras organizaciones nacionales y en particular de la A. I. T., si queremos facilitar la victoria a nuestro movimiento y al socialismo libertario.

Sólo en ese sentido podrá florecer y prosperar la A. I. T. y cumplir la gran misión que se ha impuesto.

EL SEGUNDO CONGRESO DE LA A. I. T.

Diego Abad de Santillán

Desde el 21 al 27 de marzo sesionó en Ámsterdam el segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores; no hubo ningún aparato demostrativo, pero en un período de reacción mundial como el presente ha sido reconfortante el encuentro de delegados de 12 países que convinieron unánimemente en mantener en alto la bandera de los principios libertarios. He aquí la nómina de las organizaciones que acudieron al segundo congreso de la A. I. T.:

Alemania: Freie Arbeiter Union Deutschlands;

Alemania: Allgemeine Arbeiter Union;

Argentina: Federación Obrera Regional Argentina;

Brasil: Federação Operaira do Rio Grande do Sul;

España: Confederación Nacional de Trabajadores;

Holanda: Nederlandsch Syndikalistisch Vakverbond;

Italia: Unione Sindicale Italiana;

México: Confederación General de Trabajadores;

Noruega: Nork Syndikalistisk Federation;

Dinamarca: Revolutionert Arbejdsforbund;

Portugal: Confederação Geral do Trabalho;

Suecia: Sveriges Arbetaren Central Organisation;

Uruguay: Federación Obrera Regional Uruguay.

Además de estas organizaciones obreras hubo representaciones de periódicos y grupos libertarios de Alemania, de Estados Unidos, de Perú, etc.

En total no tiene la A. I. T. actualmente un millón de obreros organizados, pero puede, en cambio, considerarse como la única Internacional revolucionaria y la única Internacional víctima de la reacción mundial, desde la de los países monárquicos hasta la de los bolchevistas. Fue, en efecto, la situación crítica que vivimos la que obstaculizó la venida de un mayor número de delegaciones, entre ellas la de los camaradas japoneses. Si fuéramos a hacer una estadística de los efectos de la reacción en las filas de los adherentes y de los simpatizadores de la A. I. T., veríamos hasta qué punto nuestra Internacional está sola en la lucha por un mundo mejor. Tal vez esa constatación la llevó a definir con una claridad meridiana su actitud futura con respecto a las otras corrientes del movimiento obrero. Merece la pena transcribir esta resolución:

1. *Considerando que la organización sindical antiautoritaria revolucionaria representa la unidad natural con cuya ayuda pueden los trabajadores obtener mejoramientos de naturaleza económica, dentro de la sociedad actual y desarrollar una fuerza revolucionaria capaz de preparar las condiciones para la revolución social.*
2. *Que las organizaciones sindicales antiautoritarias representan al mismo tiempo las bases naturales que entran en línea de consideración para la reorganización de la vida económica y social sobre el fundamento del socialismo libertario, el congreso declara que la fundación sistemática de esas organizaciones es la misión principal y la más necesaria del proletariado.*
3. *Los partidos políticos y las tendencias a ellos ligadas, no importa el nombre que lleven, no están en situación ni de obtener mejoramientos económicos para el proletariado, dentro de la sociedad actual, ni pueden ser tenidos en cuenta para la realización práctica del socialismo, pues su campo de acción es diverso y sólo se expresa en la conquista del poder político.*
4. *En consideración al hecho de que junto con el monopolio de la posesión debe desaparecer también el monopolio de la dominación, y de que, en consecuencia, el objetivo principal de la clase obrera no debe ser conquista del poder político, sino la supresión en la vida de la sociedad de todo organismo de poder, la independencia de las organizaciones sindicales revolucionarias es la primera condición para la consecución de esos fines.*
5. *El congreso es de opinión que toda tutela de los sindicatos obreros tiene que alejarlos de su verdadera misión y que por este motivo una coalición duradera entre los sindicatos obreros y las organizaciones políticas partidistas debe ser rechazada en todas las formas.*
6. *El congreso repudia la concepción falsa que coloca al mismo nivel de los partidos cuyo objetivo es el poder político, con los grupos ideológicos antiautoritarios que actúan en el sentido de la transformación social.*
7. *En consideración a esta situación, llena de peligros para la clase obrera de todos los países, el segundo congreso de la A. I. T. defiende la opinión de que el deber de los sindicalistas revolucionarios es:*

Continuar más enérgicos que nunca el trabajo en pro de las organizaciones sindicales antiautoritarias, sobre el fundamento de los principios establecidos en los estatutos de la A. I. T.;

No participar en ninguna comedia unificadora emprendida por aquellos que quieren sofocar el movimiento obrero y transformarlo en botín de algún partido político;

Hacer de la A. I. T. el punto de reunión de todas las fuerzas sindicales revolucionarias antiestatistas.

8. *El congreso tiene la convicción de que en ciertos momentos una coincidencia de acción de los sindicatos con otras tendencias para la consecución de determinados fines prácticos puede establecerse, pero que tal coincidencia de acción no puede abandonar nunca la independencia de los sindicatos ni existir por largo tiempo, y que en ningún caso debe ser misión de los sindicatos el ayudar a determinados partidos políticos a la consecución del poder.*

Si se examinara atentamente esta resolución se constataría que además de la firme intención de obrar con las propias fuerzas y de acuerdo a las propias posibilidades, se expresan ideas que contradicen la tesis del sindicalismo clásico y que reconocen la concepción anárquica del movimiento obrero en el sentido de la Internacional antiautoritaria fundada en Saint-Imier. Y esto último se comprueba por el hecho de haber decidido el congreso emplear oficialmente las palabras *organización sindical antiautoritaria* en lugar de *organización sindicalista*, porque la mayoría de las organizaciones de la A. I. T., fundamentadas sobre una base sindical, no son sindicalistas en el sentido que se le da comúnmente a esa palabra en los países latinos, donde el sindicalismo es una doctrina reformista.

Un punto en el que se llegó al más absoluto acuerdo, sin discusión alguna, desde la FORA anarquista hasta el NSV de Holanda, todavía un poco sindicalista, fue el referente a la necesidad de tomar parte en las luchas cotidianas por mejores condiciones políticas, sociales y económicas de vida. Y ese punto, en donde no reinó la menor sombra de desacuerdo, es fundamentalismo para el porvenir revolucionario; la sociedad futura no cae del cielo hecha y derecha; hay que formarla en la contienda de todos los días, con los hombres que viven en realidad y que están sujetos a sus imperativos. Todos los delegados al congreso de Ámsterdam han reconocido que esos cuadros que muchos anarquistas se complacen en trazar sobre un porvenir de libertad, de igualdad y de fraternidad, son fantasías más o menos inocuas que pueden distraer una élite de concurrentes al café o de poetas encerrados en torres de marfil; pero no significan nada cuando se trata de defender una libertad o un bienestar conquistado a costa de infinitos esfuerzos, o cuando se trata de hacer conquistas nuevas. El radicalismo que se suele manifestar en muchos anarquistas y en muchos revolucionarios de última hora, consistente en el repudio de todo lo que signifique elevar un poco la situación moral y material del presente, ha sido debidamente anatematizado por la A. I. T. Y fue la delegación de la FORA la que insistió precisamente en ese punto, y en nombre de sus convicciones anarquistas, proponiendo una campaña internacional por la conquista de las seis horas de trabajo. No, no nos distinguimos de los reformistas porque ellos quieren los mejoramientos económicos y políticos actuales y nosotros no, sino que nos distinguimos de ellos por la forma de querer y de realizar estos mejoramientos. En tanto que para nosotros las luchas cotidianas tiene un valor revolucionario, en manos de los reformistas esas luchas sirven para desviar al proletariado del ideal de la revolución.

Ciertamente dada la situación que atravesamos, no podía esperarse gran cosa del congreso, pero al menos se ha constatado una magnífica claridad de fines en el movimiento afín, y en esta hora en que no todos saben lo que quieren, la A. I. T. marca una tendencia definida hacia la abolición del principio de autoridad y prestigia los medios y las rutas más apropiadas para llegar a ese fin. Estudien los amigos de la revolución de resultados del congreso de Ámsterdam y verán que si realmente quieren la transformación social y el establecimiento de una nueva sociedad de libres y de iguales, su puesto está en la A. I. T.

El congreso discutió ampliamente la cuestión de la reacción internacional, llegando a conclusiones dignas de leerse en estos momentos de confusión y de exceso de filósofos que manipulan la piedra filosofal de los magnos descubrimientos en el arte de la revolución.

He aquí la resolución adoptada:

El congreso considera la libertad elemental de la prensa, de la palabra y de la asociación, para las luchas de los trabajadores, como indispensable.

Esas libertades son el resultado de pasadas revoluciones, y de defensa o la reconquista de las mismas dependen siempre de la fuerza de resistencia que puede ejercer el proletariado organizado. Son una preciosa herencia que debe ser agrandada constantemente y que no puede nunca ser confiada a la gracia de algún gobierno.

El congreso es de opinión que los sindicatos revolucionarios y antiautoritarios agrupados en la A. I. T. se han puesto por sí mismos al margen del peligro de los compromisos con otros partidos y organizaciones que aspiran al poder, aun cuando se crucen en su camino con otras fuerzas políticas en la lucha contra la dictadura burguesa o militarista. En la lucha contra la dictadura burguesa bolchevista, el congreso declara que toda convivencia, aunque sea pasajera, con algún elemento u organización estatal, es imposible.

Esa posible coincidencia no debe mecer al proletariado en la ilusión de que la democracia burguesa, por revolucionaria que pueda suponerse en ciertos momentos, pueda tener el deseo o el interés de volver a sus viejas tradiciones revolucionarias. La resistencia de la clase obrera como fuerza organizada en la lucha social ha hecho a la burguesía liberal misma cómplice y sostén de la dictadura, aunque en teoría se subleve contra ella.

El congreso es de opinión que el proletariado, en todo caso, sólo puede ser engañado si en lugar de aprovechar las acciones eventuales de la oposición democrática contra una dictadura, se convierte en instrumento de la democracia; de ese modo no podrá conseguir para sí la menor ventaja, más aún se convertirá en prisionero de las consecuencias políticas de ese compromiso.

El congreso exhorta a la clase obrera de todos los países afectada por el furor de la dictadura, a conservar su confianza en la lucha de clases y a asociarse, allí donde las condiciones actuales no permiten la actividad regular de la vida sindical, en sus lugares de trabajo -en las fábricas, en los campos, en la industria de las comunicaciones-, pues la verdadera lucha contra la dictadura no sólo coincidirá con la sublevación del proletariado en toda la línea de la producción económica, sino que será también la condición de toda acción contra la dictadura.

Aparte de esas resoluciones significativas de la solidez doctrinaria del movimiento que se agrupa en torno a la bandera de la A. I. Y, y que tiene valor de orientación para todo el movimiento libertario, se tomaron diversas resoluciones de carácter interno, prevaleciendo en todas ellas un sano espíritu federalista. Un cierto conato centralizador de Schapiro motivó una inmediata respuesta de parte de las organizaciones adherentes. El espíritu de la solidaridad internacional revolucionaria es expresado en diversas resoluciones, como por ejemplo en una sobre el plan Dawes.

La prensa de la A. I. T. será mejorada y aumentada; la revista aparecerá por lo pronto en alemán y en alguno de los idiomas escandinavos; el servicio de la prensa será ampliado considerablemente.

Otro de los esfuerzos manifestados en la A. I. T. en la tendencia a agrupar en su seno todos los elementos libertarios, incluso los que no participan directamente en el movimiento obrero; para

este fin se fundó una comisión internacional de estudios, compuesta por una serie de camaradas de reconocida capacidad y podrá ser ampliada aún considerablemente.

De los informes de las organizaciones adherentes se desprende el carácter internacional de la reacción y la gravedad de la hora que atravesamos; en algunos países, como en Italia, toda organización proletaria independiente es imposible; pero como nuestras organizaciones no son simples organizaciones, sino exponentes de un movimiento social, si la fuerza brutal obstaculiza sus manifestaciones externas de acción y de propaganda, no por eso se sofoca en absoluto la llama del ideal revolucionario. La reacción tendrá un término y entonces llegará nuestra hora. Cuando se supere este período de represión y de entusiasmo tendremos una organización nacional con una ideología definida y sabremos aprovechar la coyuntura mejor de lo que lo hemos hecho después de la guerra que nos sorprendió en un confusiónismo desesperante. Se necesita un poco de valor y de tenacidad para mantener la A. I. T. en un período en que su acción revolucionaria será casi nula; pero la hora llega, el proletariado volverá por sus fueros, y entonces reconocerá que el camino del reformismo y del colaboracionismo, cualquiera que sea su color, no es el camino que lleva a la emancipación y a la libertad. Nuestros esfuerzos tienen ahora, en primer lugar, a constituir una potencia moral, una bandera ideológica para los oprimidos y para los explotados, un baluarte para las ideas antiautoritarias; la fuerza material que representan las grandes masas adictas, la tendremos seguramente. Uno de los oradores ha expresado gráficamente ese pensamiento: así como el marino consulta a cada paso la brújula cuando se encuentra en mares desconocidos, nosotros debemos consultar la brújula de nuestras ideas precisamente en los períodos de confusión, de peligro y de desviaciones. O nuestros principios tienen un valor o no lo tienen; si lo tienen, como verdades experimentadas que son, es preciso tenerlos en cuenta y no abandonarlos en la primera ocasión y renegar de ellos ante la primera dificultad. La A. I. T. procura establecer claramente los principios que la inspiran y superar este negro período de la historia será una consecuencia de la fidelidad a las ideas del antiautoritarismo.

MIGUEL A. BAKUNIN: UN ESBOZO BIOGRÁFICO

Max Nettlau

LA FAMILIA DE BAKUNIN

Miguel Alexandrovitsch Bakunin nació el 18/31 de mayo de 1814 en Pryamuchino, una hacienda a la orilla del Osuga, en el distrito de Novotorschok, gobierno de Tver, comprada en 1779 por su abuelo, Miguel Vasilevitsch Bakunin, consejero de Estado y vicepresidente del colegio de la cámara en tiempo de Catalina II, y habitada después de su retiro del servicio del Estado por su numerosa familia. Su tercer hijo, Alejandro, el padre de Bakunin, por motivos desconocidos fue educado en Italia desde los nueve años; se hizo doctor en filosofía en la Universidad de Papua y, aunque destinado al servicio diplomático, se dedicó también al estudio de las ciencias naturales y de adhirió en absoluto a las ideas filosóficas liberales y cosmopolitas, tan difundidas en todos los círculos instruidos en el período anterior a la Revolución francesa y en el primer tiempo después del asalto a la Bastilla. Pero la realidad de los años de revolución hizo retroceder su liberalismo platónico. Mientras que sus dos hermanos eran empleados del Estado y oficiales, él rompió sus relaciones con el servicio estatal muy pronto y administró, según el deseo de los padres, la hacienda de la familia, donde vivían también sus hermanas solteras, que cayeron en la religiosidad, una evolución que ha debido influir su hermano Ivan, oficial

muerto en el Cáucaso en la década 1820-30. Tan sólo a los cuarenta años se enamoró de una joven de la familia de los Muravief, Bárbara Alexandrova, una muchacha muy cortejada por la juventud y que se convirtió pronto, en madre de once hijos, entre ellos uno muerto prematuramente, nacidos desde 1811 a 1824. Primeramente nacieron las hijas Lyuba (1811) y Bárbara (1812), después Miguel Bakunin (1814), después las hijas Tatiana (1815) y Alejandra (1816) y finalmente cinco hijos varones (1818-23) y una muchacha muerta a los dos años de edad. Esa gran familia vivió la mayor parte del tiempo en Pryamuchino, visitando temporalmente Twer y Moscú, hasta que el período de los estudios o del casamiento, y en el caso de la hermana mayor una temprana muerte (1838), rompieron el círculo familiar; los padres, en especial el padre, que se había vuelto ciego (muerto en 1856), alcanzaron una avanzada edad; la madre murió en 1864.

EL CÍRCULO FAMILIAR

Es conveniente penetrar algo íntimamente en el círculo familiar de Bakunin y de su juventud, porque ese ambiente, ahora bastante conocido por su propia exposición ulterior y por la correspondencia y otros materiales cuidadosamente elaborados por A. A. Kornilof (Moscú, 1911), tuvo una gran influencia en su desenvolvimiento; Miguel Bakunin recibió de él base, dirección e impulso; la intensidad de su acción, la amplitud de sus fines correspondían a su propia naturaleza, así como a su gran capacidad de hacer obrar sobre sí los mejores fenómenos de su tiempo y de ordenar el germen más precioso de su aspiración siempre consciente hacia su lejano objetivo.

Si en su juventud, en la casa paterna, le faltaron influencias radicales e idealistas, en cambio estaban fuertemente representadas las influencias humanistas, tendientes a un profundizamiento de la vida interior. Su anciano padre, por atento conservador que fuera en comparación con su juventud, tenía sin embargo hondas raíces en el período de los enciclopedistas y en J. J. Rousseau. La religiosidad de sus hermanas pasó a la mayor de las sobrinas, pero en la forma de un culto íntimo de su vida interior, de una seria aspiración hacia una verdad inaccesible, buscada después en la filosofía en lugar de serlo en la religión. Miguel creció como el coinvestigador de esa verdad, considerado pronto por las hermanas como igual, y como guía espiritual indiscutible de los hermanos menores; enseguida fue la cabeza espiritual de todos los hermanos. Ese fue, verdaderamente, el grupo más ideal a que perteneció en su vida y el modelo de todas sus organizaciones y de su concepción de la vida futura y dichosa de la humanidad en general. La ausencia de preocupaciones materiales, la vida holgada del campo en la hermosa naturaleza, aunque se basamentaba tanto en la servidumbre, reunió estrechamente a ese círculo fraternal, creando un microcosmos de libertad y de solidaridad, con aspiraciones íntimas e intensivas hacia el perfeccionamiento interno de cada uno y de todos; el talento natural sobresalía en él, pero quedaba siempre vivo el deseo de hacer compartir a los demás, igualmente, lo conseguido por uno; a esto se agregó luego el deseo de obrar en pro de la humanidad entera y de compartir desinteresadamente con todos lo alcanzado por uno mismo. Ciertamente están aquí los gérmenes de las aspiraciones de su vida hacia un mundo de la síntesis de la libertad y de la solidaridad, de la ANARQUÍA y del socialismo, inseparables de la libertad moral, del conocimiento de la naturaleza libre de las supersticiones, del ateísmo. Lo que parece faltar aún es la voluntad, el placer de la destrucción, que lo inspiraron más tarde tan poderosamente: ese estadio fue precedido por el amor y por la santa seriedad, por la firme voluntad de combatir por el objetivo final; de eso resultó lógicamente la necesidad de la destrucción, de la revolución.

BAKUNIN EN PETERSBURGO

Esa evolución fue interrumpida, pero no quebrantada para siempre, cuando el 25 de noviembre de 1828, a los 14 años y medio de edad, fue enviado a Petersburgo para concurrir a la escuela de artillería, un internado de varios años, profundamente aborrecido por él, hasta su liberación en la clase de los oficiales a fines de enero de 1833. Esa recobrada libertad -podía vivir fuera del establecimiento ya- fue entusiastamente acogida. En el próximo período tuvo un idilio amoroso pasajero con una prima, luego una fuerte excitación intelectual por las poesías de Venevitinof en el verano de 1833, poco después un contacto que le acercó a la vida práctica rusa, política y económica, con un viejo amigo de su padre y pariente de su madre, el ex-estadista Nicolai Nazarovitsch Muravief. Por un Muravief más joven, que sólo tenía cinco años más que él mismo, fue, con probabilidad, fuertemente excitado su sentimiento nacional, sentimiento que no le abandonó nunca, pero que fue poco alimentado gracias a la educación cosmopolita de la casa paterna.

En agosto-septiembre de 1833 visitó a su familia en Pryamuchino y entonces intervino un nuevo elemento en su vida: la lucha por el derecho y la lucha de lo joven contra lo viejo y de la libertad humana contra la autoridad. Primeramente en la forma de su defensa de la hermana mayor contra un matrimonio que ésta odiaba. Fue su primer lucha, que llevó a cabo con toda energía y tenacidad y que destruyó en él la ilusión de la armonía general, especialmente de la felicidad de la familia patriarcal.

EL SERVICIO MILITAR

Su carrera militar, que no le interesó nunca particularmente, recibió un golpe a causa de una contienda brutal con un general, que motivó su envío, antes de la terminación de la clase oficial, a una brigada de artillería al Este de Rusia (a principios de 1834). El servicio en el gobierno de Minsk y de Grodno -estuvo también el Vilna y conoció la sociedad polaca fugitiva, echó algunas miradas a la política rusa en Polonia, gracias a su pariente M. N. Muravief, entonces gobernador de Grodno y después el famoso verdugo de Polonia-, ese servicio sin objeto fue para él un martirio. Se sentía absolutamente aislado, soñaba ya con “dedicarse a la ciencia y al servicio civil después del abandono del servicio militar” (19 de diciembre de 1834); sólo en caso de una guerra no quería dejar el ejército. Esperaba ser trasladado a su tierra natal y llegó realmente a principios de 1835 a Tver en busca de caballos. Desde allí se dirigió a Pryamuchino, se dio por enfermo y logró, contra el deseo de su padre, que se le diera de alta en el ejército el 18 de diciembre de 1835; rechazó también un puesto de funcionario civil en Tver, obtenido por mediación de su padre. Su propósito declarado era entonces la instrucción para la actividad científica y una cátedra para difundir el conocimiento filosófico obtenido por sus estudios.

BAKUNIN EN MOSCÚ. ESTUDIOS FILOSÓFICOS

En marzo de 1835 conoció en Moscú al joven Stankevitsch (nacido en 1813); en el verano su amigo Efremof visitó la hacienda familiar y en el otoño fue allá también Stankevitsch y se hizo íntimo amigo de Miguel; su interés filosófico se dirigía entonces hacia Kant, que Stankevitsch, ocupado desde hacía varios años de la filosofía alemana, quería estudiar ante todo como fundamento para la comprensión de Schelling. La conexión de Bakunin con el círculo de amigos

que se formó desde 1831-32 alrededor de Stankevitsch se produjo naturalmente por medio de la familia Beer, de Moscú, conocida de su familia, cuyas dos hijas eran amigas de sus hermanas y cuya casa frecuentaban mucho Stankevitsch y sus amigos. Es imposible penetrar en los detalles de todas esas relaciones: para los rusos que se interesen por las “gentes de 1830-40 y de 1840-50” existen muchos volúmenes de correspondencia, de biografías, etc., y sería necesario escribir tomos enteros para los que no conocen ese asunto especial a fin de familiarizarlos con él. En general se puede decir que tras la ideología filosófico-literaria, puesta en primer término, la vida real intervenía en todos estos jóvenes de ambos sexos y exigía sus derechos. El objetivo ideal común reunió gentes ricas y gentes relativamente o por completo desposeídas y además se cruzaron amoríos y pasiones, felices e infelices o sin perspectivas. La solución de todos esos conflictos, ventilados con tanta seriedad filosófica y tan intensamente discutidos, era la mayoría de las veces prosaica, al margen de todo ambiente de ideas. Naturalmente Miguel estuvo pronto o de inmediato en el centro de esas pasiones agitadas, y no sólo asumió sus propios asuntos, sino también el de sus hermanas. Era inevitable que sus amigos, incluso Belinski, se enamoraran de sus hermanas; y algún corazón femenino latió por él mismo sin respuesta; además tenía bajo su protección especial el matrimonio desgraciado de una de sus hermanas. Tal vez por la íntima vida familiar de su primera juventud no estaba inclinado a dejar a un lado todas esas perturbaciones, sino que se arrojaba con fogosidad en esos problemas que habrían debido solucionar mejor los afectados, por sí mismos; de su actitud nacieron algunos conflictos y enemistades. También este rasgo quedó en él hasta el fin; se sentía justamente una naturaleza intensamente social.

Cuando su padre comprendió a principios de 1836 que Miguel se interesaba sólo por alguna cátedra filosófica en Moscú, como objetivo de su vida, prácticamente anhelada para un lejano futuro, se produjo una aguda ruptura y Miguel se marchó de la casa de sus padres y se dirigió a Moscú para fundamentar una existencia propia, lo que hizo mediante la enseñanza privada de matemáticas, con la intención de asistir a la Universidad como oyente extraordinario. El punto indirecto del conflicto fue el viaje al extranjero, ya deseado entonces anhelosamente por Bakunin para visitar alguna Universidad alemana, lo que pareció una excentricidad enorme al anciano padre de diez hijos. En Moscú, desde febrero de 1836, absorbió la ideología filosófica de Fichte, cuyas *Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten* tradujo a pedido de Belinski para el *Teleskop*, y cuya *Anweisung zum seligen Leben* fue el libro favorito que le fascinó directamente; con Stankevitsch leyó también a Goethe, a Schiller, a Jean Paul, a E. T. A. Hoffmann y a otros. Su proyectada independencia económica no se le realizó entonces, como no se le realizó nunca en la vida ulterior -también una temprana característica-; comenzó a dar en abril de 1836 una lección, pero a fines de mayo estaba ya en Pryamuchino, donde quedó largo tiempo; pues el conflicto con el padre se había suavizado sin que ninguno cediera en su punto de vista, y con sus hermanas, que habían lamentado mucho su comportamiento brusco para con el padre, se había explicado bien por carta; en esa primavera y en el verano supo convertirlas de la religiosidad formal, que les pareció hasta allí lo supremo accesible para ellas, el fichteísmo idealista en el sentido de la *Anweisung zum seligen Leben*, y fortificar en ellas y en los hermanos menores su influencia apenas conmovida. Ya en 1835, en Tver, había concebido la idea de formar con sus hermanos y las hermanas Beer un pequeño círculo propio en Pryamuchino, ligado por la unidad de fin y de ideas, un lugar de refugio frente al mundo exterior. Esta, si no la hubieran precedido planes anteriores desconocidos para nosotros, sería en cierto modo la primera de sus sociedades secretas, que tuvieron siempre un núcleo muy íntimo de los compañeros más íntimos.

Debo renunciar a los detalles en los años siguientes hasta el verano de 1840, en que la transición de Fichte a Hegel, el más riguroso hegelianismo con consecuencias conservadoras, reaccionarias para el presente ruso, las relaciones con Belinski, el conflicto con los círculos radicales y socialistas alrededor de Herzen y Ogaref, el contacto con los jóvenes eslavófilos, como especialmente Konstantin Aksakof y con el viejo P. A. Tschaadef (1796-1856) y muchos otros sucesos darían suficiente material para descripciones de detalle. Realmente ese tiempo

ha sido para Bakunin un tiempo de espera, con frecuencia muy penoso, pues los medios para su fin, el viaje a una universidad extranjera, no serían dados por su padre o no podían ser dados y otras esperanzas de obtener el propósito firmemente mantenido no se colmaron. Tenía ya 26 años cuando dejó a Rusia; había comenzado a temer que “se empantanaría poco a poco espiritualmente”. Probablemente aquellos años le beneficiaron moralmente, al aprender entonces por un ejercicio constante a utilizar con brillo, dialécticamente, su capital filosófico aún muy reducido, y al presentarse a las nuevas impresiones del extranjero mucho más maduro de lo que habría podido estar en 1836; así evitó el volver a incurrir exclusivamente en el constreñimiento de una doctrina, como le había ocurrido con Fichte y Hegel en 1835. Halló también felizmente que la evolución de la filosofía radical y del socialismo procedió, justamente en los años que siguieron a 1840, con pasos rápidos, mientras que el período de 1836 a 1840 era un tiempo de epígonos aún, en que se abría paso lo nuevo. En una palabra, también en esto, como hasta entonces en su vida, le favorecieron las circunstancias.

Las circunstancias y fecha de su viaje se contienen con detalles en su conocida carta a Herzen (Tver, 20 de abril de 1840), que finalmente le prestó algo de dinero para su viaje a su paso (Tver, 29 de mayo) y en su partida de Petersburgo por Lübeck a Berlín, el 29 de junio (11 de julio) de 1840.

EN ALEMANIA. DE LA FILOSOFÍA A LA REVOLUCIÓN

No conocemos todos los detalles del proceso de la evolución de Bakunin durante su residencia en Alemania (Berlín y Dresde) hasta fines de 1842; pero los resultados señalan que se desarrolló incesantemente en la primera mitad de esa época, en el sentido de un revolucionario consciente. Tres documentos constituyen las piedras angulares de su evolución –el prefacio de Bakunin para su traducción de *Cinco discursos en el Gimnasio* de Hegel, en los *Moskovskii Nablyndateli*, redactados por Belinski, vol. 16, 1838, –el artículo *O Filosofii*. I. en *Otechestvennaya Zapiski*, 1840, vol. 9, cuaderno II, cuya segunda parte, aunque escrita, no apareció, –y el artículo *Die Reaktion in Deutschland. Ein Fragment von einem Franzosen*, firmado Jules Elysard en los *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst* (Leipzig), 17-21 octubre de 1842. Mientras que en los dos primeros artículos se ve con asombro cómo se mueve un esclarecido espíritu con sagrada seriedad en el dominio de vacíos dogmas, que considera como la pura verdad, sin preocuparse de los fenómenos de la vida real, el famoso artículo de los *Deutschen Jahrbücher*, a pesar de su revestimiento filosófico, es un grito de batalla de la revolución en el más amplio sentido, incluida la revolución social, y termina con estas palabras:

“¡Déjennos pues confiar en el espíritu eterno, que sólo destruye y aniquila porque es la fuente inagotable y eterna de toda vida. –El placer de la destrucción es al mismo tiempo un placer creador!”

Igualmente vemos cómo Bakunin, después de tres semestres de Universidad en Berlín, prefiere trasladarse a Berlín en la primavera de 1842, sin propósito ya de prepararse para su cátedra en Moscú, en el trato privado con Arnold Ruge, el centro de los hegelianos radicales, sino -si puede decirse- para entregarse a la espera de la revolución, en la que trabajaban entonces tantas fuerzas y que estaba próxima, como lo reveló el año 1848. Desde entonces se le abrió el mundo europeo, que había considerado con menosprecio hasta entonces, en parte desde un punto de vista nacionalista ruso, de que no se había librado, en parte desde las alturas ficticias del conocimiento filosófico presuntuoso. El socialismo, tal como se desarrolló en Francia, fue presentado entonces por primera vez al público alemán, lucidamente, en el conocido libro del doctor Lorenz Stein; el libro no ofreció nada nuevo, pero trazó una cómoda perspectiva en una

multitud de tendencias socialistas y de sus argumentos e introdujo a Bakunin, como observa él mismo, en ese objeto, que lo fascinó (1842).

En Berlín había visto en 1840 a su hermana Bárbara que regresaba de Italia y que había estado junto al lecho de muerte de Stankevitch; allí y en Dresde fueron un hermano menor e Ivan Turgenief sus más íntimos compañeros. Pero entonces rompió los lazos con Rusia y se lanzó en la emigración, en el destierro, con completa conciencia. El gobierno ruso vigilaba su evolución radical y deseaba su vuelta de Dresde a Rusia. A Bakunin no se le ocurrió doblegarse y se decidió rápidamente por un paso decisivo al dirigirse hacia Suiza (enero de 1843), a Zurich, con el poeta revolucionario alemán más conocido de entonces, Georg Herwegh regresó a Zurich, un punto central de la propaganda literaria-política-revolucionaria destinada a Alemania, adonde también trasladó su actividad desde la Suiza francesa, al finalizar la primavera de 1843, Wilhelm Weitling, el comunista alemán. Bakunin vio de cerca, durante su residencia en Zurich (16 de enero hasta comienzos de junio) la vida política del cantón de Zurich y tuvo ocasión de perder todas sus ilusiones político-republicanas, si las tenía aún. Por el contacto personal con Weitling echó una mirada también al comunismo, que apareció como un factor revolucionario general, pero que no pudo nunca ligarlo por completo, aunque entonces y en los años siguientes hasta 1848 tuvo amistosas relaciones en Suiza y en París con algunos comunistas alemanes y ocasionalmente se llamó también él mismo comunista (en una carta a Reinhold Solger, 14 de octubre de 1844; algunas cartas a éste, a August Becker y a la señora Vogt, hasta 1847, hacen conocer más detalladamente esas condiciones).

BAKUNIN EN SUIZA

Dos declaraciones suyas publicadas entonces son: *B. a R.* (Bakunin a Ruge, fechada, Peterinsel en el lago de Biel, mayo de 1843) en *Deutsch-französische Jahrbücher* (París, 1844) y varios artículos, *Der Kommunismus*, en el *Schweizerischen Republikaner* (Zurich, 2, 6 y 13 de junio de 1843, firmados XXX). Yo creo que hay un artículo de Bakunin en 1843, inobservado. Un examen atento de esos escritos señalarían que Bakunin se comporta, en las declaraciones que conocemos de él hasta entonces, simpática, crítica y confiadamente con el socialismo; estos trabajos defendían una causa justa, tenían un objetivo infinitamente precioso, pero no podían en sí y por sí satisfacer las aspiraciones que presentaban las ideas y sistemas verdaderamente libertadores de los hombres. Bakunin sentía instintivamente la falta de libertad y se cuidaba bien de aceptar completamente alguno de esos sistemas.

Poco antes del arresto de Weitling se dirigió al Este de Suiza y se detuvo en Ginebra y en Laussane y cerca de Nyon; finalmente hizo una excursión alpina a pie que terminó en Berna, donde pasó el invierno hasta febrero de 1844. Esas residencias y viajes se explican por sus relaciones personales; en Zurich conoció a August Toller, el hermano de la señora Vogt de Berna; en Dresde había conocido a la señora Pescantini, una germano rusa de Riga, que habitaba con su marido, un emigrado italiano, en Promenthoux, cerca de Nyon, y su constante amigo, el músico Adolph Reichel, en la Prusia Oriental, a quien conoció en Dresde, había ido también a Ginebra, hizo con él y el comunista alemán August Becker el viaje a los Alpes y quedó como él, en Berna, para acompañarlo en febrero de 1844 a Bruselas. En ese tiempo comenzó su amistad con los hijos de la familia Vogt, el más joven de los cuales, Adolph, con Adolph Reichel, fueron los únicos que estuvieron treinta y tres años más tarde, nuevamente en Berna, junto a su lecho de muerte. Entonces tuvo lugar también una tristes y desgraciada aventura amorosa, que es casi desconocida. Entre tanto el puño de la policía suiza intervino en sus relaciones, cuando el consejero de Estado de Zurich, Bluntschli, hizo publicar su nombre en el informe oficial que contenía las cartas secuestradas a Weitling (21 de julio de 1843), con lo cual fue puesto en movimiento el aparato ruso de persecuciones, hasta que por fin, en febrero

de 1844, Bakunin recibió orden del embajador ruso de regresar de inmediato a Rusia. Prefirió trasladarse a Bruselas.

EN BRUSELAS. LAS ASPIRACIONES POLACAS

Allí vio los primeros polacos de la emigración y, como en todas partes, supo encontrar los hombres más distinguidos de los movimientos, y fue aceptado por ellos como una relación interesante; conoció de cerca de uno de los polacos más simpáticos de aquella época, el viejo Joaquín Lelewel, y vio así las aspiraciones polacas en su forma más pura, pero también la más consecuente e inalterable -la Polonia “histórica” de 1772-, que abarca Lituania, la pequeña Rusia y la Rusia Blanca. Frente a ella defendía él, como ruso y como demócrata e internacionalista, el derecho a la autonomía o a la independencia de los países no polacos dentro de aquellas fronteras “históricas”, y así ocurrió, inevitablemente, que, en toda su simpatía hacia los polacos, en todos sus esfuerzos para producir una cooperación, los polacos lo consideraban siempre como un obstáculo molesto que perturbaba hondamente sus planes, y no respondieron seriamente nunca a su sinceridad y a la solidaridad. Pero como ambas partes se consideraban recíprocamente como un factor revolucionario de un cierto valor, la divergencia fue raramente declarada con franqueza; pero todos los ensayos de acciones comunes estaban destinados al fracaso. Además ocurría que, como es de comprender, el problema de la liberación y del reparto de la tierra a los campesinos separaban a Bakunin del poderoso partido aristocrático polaco tanto como su extremo clericalismo.

BAKUNIN EN PARÍS. SUS IDEAS Y RELACIONES

Después de una corta visita a París persuadió Bakunin a su amigo Reichel, con el que vivió la mayor parte del tiempo hasta 1847, a dirigirse en julio de 1844 a París, donde ambos se establecieron después. Bakunin concurrió primeramente a los círculos radicales alemanes, al ambiente del semanario *Vorwärts*, donde conoció a Marx y a Engels. Existían entonces incómodos conflictos entre Ruge, Marx y Herwegh, hasta que el círculo alemán fue deshecho por las expulsiones y la suspensión del periódico. Bakunin no se interesó muy intensivamente por el movimiento alemán, pero se relacionó con gusto con Herwegh y su mujer, con Karl Vogt, con algunos comunistas alemanes, en una palabra, con el círculo de los conocidos suizos de 1834-44. Conoció también socialistas franceses y personalidades políticas y literarias de toda suerte, sin que intimidara particularmente con ninguno de ellos, con excepción de Proudhon, cuyas ideas y personalidad le atrajeron, y el cual también testimoniaba interés hacia Bakunin. Vio al decabrista Nicolás Turguenief y a muchos visitantes rusos de París, polacos, italianos y otros. Era una época en que veían la luz pública una enorme cantidad de ideas avanzadas, sin que ninguna de ellas consiguiera ponerse en primera línea, pues parecía que se aspiraba a una última y pura perfección junto al sistema burgués, bajo el cual, sin embargo, se oía rugir la revolución próxima. “Habíamos llegado hasta el punto (hace decir Bakunin a un socialista francés en 1876) de creer firmemente que asistíamos a los últimos días de la vieja civilización y que comenzaría el reino de la igualdad. Muy pocos resistieron el medio en extremo caldeado de París; en general bastaban dos meses de boulevard para transformar un liberal en un socialista...”.

A pesar de esa vida agitada e interesante de 1845, 46 y 47, Bakunin no se podía sentir a gusto; estaba más aislado que todos los demás y le faltaba un campo de actividad, un porvenir. Bien consideradas, las tendencias socialistas eran todas muy unilaterales, cada cual era hostil ante

las otras y se limitaban, a causa de la ausencia de derecho de coalición y otra libertad pública de movimientos, a la vida artificial en los libros, periódicos y pequeños grupos. Si se sostiene que Bakunin no se adhirió a ninguna tendencia, es justo; pero cuando con eso se quiere concluir que no era todavía socialista entonces, según mi opinión, se comete un gran error. Bakunin no encontró *su* socialismo en ninguna de las tendencias existentes y no había formulado sus ideas, tal vez, definitivamente, porque le faltó para ello un incentivo práctico: por eso quisiera describir sus condiciones de entonces. Es imposible presentar a Bakunin como el discípulo de una determinada tendencia, como fourierista o cabetista o marxista: el único del que podía tomar verdaderos elementos de su socialismo era en aquella época Proudhon. He anotado hace muchos años una advertencia de uno de sus compañeros italianos, a fines de la década 1860-70, según el cual Bakunin le había dicho que al leer un libro de Proudhon había llegado repentinamente a la idea: *eso es lo justo...* Puede ser que haya sido así; solamente Proudhon tenía entonces el propósito de dar realmente a la libertad su derecho, de abolir realmente el Estado y de no construirlo en nuevas formas. Con eso se dio la conexión espiritual de ambos hombres, aunque los separara mucho el detalle. De algunos pasajes de sus cartas íntimas a Herweg se deduce que Bakunin comprendía y compartía las ideas básicas del anarquismo; es una casualidad el que no haya llegado a declararlas públicamente, su voz tan francamente levantada en 1842 y 1843 había enmudecido en absoluto (aparte de lo referente a los asuntos eslavos), y su trabajo sobre Feuerbach, cuyas ideas quería presentar en idioma francés, no fue realizado o se ha perdido.

LA CUESTIÓN POLACA

En diciembre de 1844 dictó el emperador Nicolás, a propuesta del Senado, un ucace en que se declaraban perdidos todos los derechos civiles y nobiliarios de Bakunin, se confiscaba su posesión en Rusia y se le condenaba a deportación perpetua a Siberia si fuera detenido en Rusia; escribió al respecto una larga a la *Réforme* de París (27 de enero de 1845), que constituye su primera declaración libre sobre Rusia y que contiene ya algún elemento de sus diversos escritos posteriores. Su primera declaración sobre Polonia la contiene su carta a *Le Constitutionnel*, 19 de marzo de 1846, referente a las persecuciones rusas contra los católicos polacos. Trató (como cuenta en la “Confesión” de 1851) de entrar en relación conspirativa con la centralización polaca, cuya sede era Versailles, en la cual su objetivo era la revolución rusa y la federación republicana de todos los países eslavos, la fundación de una república eslava, una e indivisible, federativa, desde el punto de vista político (es decir, la política exterior unitaria); pero no salió nada de las negociaciones, principalmente porque él, aparte de su buena voluntad no tenía nada que ofrecer a los polacos. Antes del artículo de la *Réforme* le habían invitado los aristócratas polacos (el príncipe Adam Czartoryski), lo mismo que los demócratas polacos de Londres, y Mickiewicz trató de atraerlo hacia su círculo eslavo místico-federalista, pero se rehusó. Nuevamente se acercaron a él los jóvenes polacos fugitivos de Cracovia en 1846 y a ese ambiente correspondió la invitación para hablar en el mitin polaco del 29 de noviembre de 1847, en recuerdo de la insurrección de 1830.

Algunos meses antes, en el curso de 1847, había vuelta a ver a Herzen, a Belinski y a otros amigos rusos en París; un encuentro personalmente amistoso, aunque éstos estuvieran muy lejos de sus esperas e impulsos de conspiración rusa y de acción revolucionaria. No se sabe si conoció los esfuerzos del grupo de Petrashevsky y Speschneef. Debió comprender, pues, que, en lo que concernía a Rusia, estaba completamente solo.

EXPULSIÓN DE FRANCIA

Leyó el 29 de noviembre el famoso discurso a los polacos para una reconciliación revolucionaria de los polacos y de los rusos. A pedido del embajador ruso fue expulsado de Francia y se dirigió el 19 de diciembre a Bruselas, donde vio muchos polacos, y también el círculo comunista alemán alrededor de Marx, que le era profundamente antipático. Habló nuevamente en una reunión del 14 de febrero de 1848, abierta por Lelewel para la fraternización de los demócratas polacos y rusos; según la “*Confesión*”, habló también del gran porvenir de los eslavos, que estaban llamados a renovar el mundo occidental; de la destrucción de Austria, etc., etc. (El texto del discurso no fue publicado).

El embajador ruso (conde Kisselef) había querido arruinarlo, al mismo tiempo que por la expulsión, por la insinuación de rumores calumniosos de que era verdaderamente un agente ruso que se había excedido, lo que fue hecho saber al Gobierno francés por intermedio de los polacos. Bakunin respondió en una carta abierta al ministro del interior, conde Duchâtel (7 de febrero de 1848), pero la calumnia fue propalada después de la revolución de febrero, por la misma fuente, también en círculos democráticos y arrojó una sombra sobre toda su vida en el año próximo, 1848-49, el último período de sus actividades de entonces.

LA REVOLUCIÓN DE 1848. VIAJES DE BAKUNIN

Es innecesario describir la alegría de Bakunin cuando estalló por fin la anhelada revolución. Hasta la resignada “*Confesión*” de 1851 contiene una descripción entusiasta de la vida y el movimiento del ambiente popular de París, como lo conoció hasta abril, y la *Réforme* del 13 de marzo contiene un largo artículo suyo que resume sus ideas. Pero percibía más amargamente que nunca la completa ausencia de una revolución rusa, y eso le impulsó a hacer todo lo posible en favor de ella. El poder ruso estaba a disposición de la contrarrevolución y ésta fue establecida por él en Hungría en 1849. El año 1848 no presentaba improbable un choque de los pueblos rebeldes de Europa con la Rusia de Nicolás I, y los polacos trabajaban en ese sentido. Bakunin deseaba impedir ese choque y las ideas de la federación eslava le parecieron apropiadas; esa federación debía asociar a todos los eslavos, polacos y rusos, bajo el grito de guerra de la liberación de los eslavos mantenidos bajo los Estados prusiano, astro-húngaro y turco. Le faltaban todos los medios efectivos; con mucho esfuerzo, después de dirigirse a Flacon, Louis Blanc, Albert y Ledru-Rollin, recibió 2,000 francos como empréstito, y en todo lo demás quedó a merced de los polacos. Se dirigió a Alemania, adonde le siguió por una parte la mencionada calumnia del embajador ruso, por otra parte la mentira de que quería hacer asesinar al zar, lo que motivó expulsiones y tuvo su intervención en su proceso de Sajonia (1849-50) y repercutió aun en su destino en Rusia, en 1851.

Su viaje siguió el itinerario de Baden a Francfort y Colonia (donde rompió completamente con Marx a causa de Herweg), después a Berlín -donde la policía le impidió la continuación del viaje a Posen-, a Leipzig y a Breslau, un punto de reposo, donde encontró a muchos polacos; después al congreso de los eslavos en Praga, donde tomó una activa participación, y al que siguió la semana sangrienta de Pentecostés (junio), una insurrección que no llegó a su completo estallido y a la que él deseó, claro está, dar completa expansión e intensidad. Después regresó a Breslau, luego a Berlín; expulsión de Prusia y de Sajonia; finalmente, en el otoño-invierno, algunos meses de tranquilo y agradable asilo en Koethen (Anhalt), el oasis de entonces de la libertad en Alemania, donde los ministros, viejos amigos de Max Stierner y compañía, eran sus compañeros de mesa en el restaurante. Depuse, cuando la conspiración se hizo más intensiva, se dirigió a Leipzig, una vida clandestina, interrumpida por un viaje más

clandestino aún a Praga, y finalmente se presentó en Dresde para estar más cerca de Bohemia. Aquí le sorprendió la revolución de mayo de 1849, a cuya disposición puso toda su energía y cuyo destino compartió hasta que, después de muchas noches sin dormir, agotado mortalmente, es arrestado en Chemnitz, Sajonia, con otros jefes de la revolución en la noche del 9-10 de mayo, hecho que puso un fin a su actividad por muchos años.

EL NACIONALISMO DE BAKUNIN

Sus ideas de aquel período hay que estudiarlas en algunos documentos del congreso de los eslavos, particularmente los “Estatutos de la nueva política eslava” (otoño de 1848) y otras declaraciones de entonces y de más tarde; sus planes son interesantemente relatados ante todo en la “Confesión” de 1851; además hay que añadir algunas cartas íntimas, en particular a Herweg y su gran escrito de defensa en el proceso de Sajonia, del que sólo conozco fragmentos de una carta a su abogado, pero que se ha conservado, como sus declaraciones en el sumario, y será publicada por otros.

En esas fuentes vemos cómo Bakunin, a quien, ciertamente, en los primeros meses después del 24 de febrero inspiraba el más puro espíritu revolucionario, fue gradualmente absorbido por el nacionalismo, hasta que en los días de Praga y después, en Breslau, se complace en el más banal odio a los alemanes y, como participa a Nicolás I en la “Confesión”, se siente impulsado a escribir al zar pidiendo perdón para sus pecados y conjurándole a presentarse como salvador, como padre a la cabeza de los eslavos y a llevar la bandera eslava hacia la Europa occidental. Su buen azar le preservó de terminar esa carta y la destruyó. Nada le obligaba a mencionar ese hecho desconocido, que por lo demás nada tenía de extraordinario, pues el nacionalismo asocia a las personas de *todas* las tendencias, y los revolucionarios y el zar estaban aquí en el mismo terreno. El otoño de 1848 produjo en la táctica de Bakunin un cambio completo; desde entonces se pronunció por las luchas comunes de los pueblos, eslavos, magiars y alemanes, contra sus opresores, los gobiernos. Se esforzó extraordinariamente en procurar una preciosa ayuda en Bohemia mediante una revolución provocada por dos sociedades secretas, una alemana y otra tcheka, dirigidas por él, para la democracia alemana que se preparaba para las luchas de 1848. Pero la democracia alemana sólo dio golpe en Sajonia (mayo de 1849), mientras que la conspiración bohemia, todavía poco extendida, fue obstaculizada, por los arrestos, en toda actividad, lo que no impidió un largo proceso con las más crueles condenas contra muchos jóvenes tchecos y alemanes de Bohemia. En general se puede decir que la actividad de Bakunin en la revolución de 1848 fue desprovista de su eficacia por su intensiva amalgama con el nacionalismo y fue una dicha para él que la revolución de mayo, en Dresde, le diera una ocasión tan brillante para una actividad objetivamente revolucionaria, libre de todo nacionalismo.

DE LAS PRISIONES SAJONAS A LAS DEL ZAR

Siguió para él un año en las prisiones sajonas, en Dresde y en el castillo de Königstein, hasta el 13 de junio de 1850, una condena a muerte estoicamente soportada, seguida de conmutación por cadena perpetua; su mentalidad en ese tiempo nos la revelan las cartas del castillo a Adolph y Mathilde Reichel. Luego la extradición a Austria, un año de penosa inquisición y de prisión en Kelten, en Praga y en Olmütz (Mühren), hasta mediados de 1851, su época más triste; luego una nueva condena a muerte con conmutación simultánea, pero también con la extradición a Rusia, donde el destino que se le tenía reservado era por completo incierto. Por

consiguiente Bakunin esperaba con espanto ese destino y fue agradablemente influenciado cuando se vio tratado relativamente bien desde el primer momento, como prisionero de Estado de rango, y mantenido en la fortaleza de Pedro y Pablo de San Petersburgo.

Dos meses después, hacia agosto de 1851 por tanto, envió el zar al conde Orlov hacia él para pedirle la “Confesión” que se hizo ahora conocida (1921), y que Bakunin escribió realmente. El largo escrito no cambió nada su destino, y Alejandro II observó justamente que no encontraba en él ningún arrepentimiento. Cada cual está libre de criticar la forma de ese escrito, pero su texto no contiene nada comprometedor para una persona o cosa, sino al contrario toda suerte de cosas interesantes para los biógrafos y observadores de Bakunin. Todo lo que parece desagradable es producto de la psicosis nacionalista de que Bakunin padecía fuertemente en aquellos años y de la que están muy pocos completamente libres.

El aislamiento en la fortaleza y desde la guerra de Crimea, en Schlüsselburg, aunque su vida y el trato directo hayan sido soportables, fue un tormento moralmente insufrible y tuvo su efecto físico también, pues su cuerpo perdió sus formas juveniles y adoptó las proporciones deformes que prepararon después su prematura muerte. No conozco todavía sus cartas de la prisión, hasta la dirigida en 1857 a Alejandro II; pero no me consideraría llamado, aunque las conociera, a ventilar su contenido. Estaba decidido a suicidio, cuando finalmente su familia consiguió que fuera enviado a Siberia, después que el zar Alejandro II le había arrancado la mencionada carta del 14/27 de febrero de 1857, que contiene una descripción tan conmovedora de los efectos del aislamiento.

Se le dejó pasar un día en Pryamuchino, donde ha visto por última vez a su madre (muerta en 1864) y a la mayoría de sus hermanos -diecisiete años después de su separación en 1840- y se le llevó a Tomsk, en la Siberia occidental, donde, dentro de las limitaciones usuales, podía en realidad moverse libremente.

EN SIBERIA; LA FUGA

Se adaptó extraordinariamente a las condiciones siberianas, interesándose en ellas y observando con interés, especialmente la expansión rusa en la Siberia oriental, tras el Amur, hasta el mar; previó luego la independencia siberiana y apoyó los gérmenes de tales ideas en los jóvenes, como Potanin, el viajero que en 1865 fue realmente perseguido en el proceso de Omsk a causa de conspiraciones separatistas. Conoció muchos desterrados polacos, a quienes intentó hacerles comprender la necesidad de la reconciliación de los pueblos de Rusia y Polonia. Dando lecciones de francés en casa de la familia polaca Kwiatkowski, conoció a la hija de éstos, Antonia, que en 1858 se hizo su mujer. Tampoco faltaron recuerdos de los decabristas y de Petraschewsky (de este último por Emmanuel Toll), aunque más tarde entre él y Petraschewsky mismo se produjo una completa oposición. El gobernador general de la Siberia oriental, Muravief-Amurski, al cual y en especial a su padre conoció muy bien en 1833, un pariente de su madre, lo visitó. Su deseo era ser trasladado a la Siberia oriental, lo que le fue finalmente permitido y en marzo de 1859 llegó a Irkutsk.

En el curso de 1859 viajó para una compañía comercial en el amplio Oeste, pero todas esas ocupaciones eran sólo temporales, pues esperaba, o bien la amnistía completa por medio de Muravief, y la vuelta a Rusia o una fuga no del todo imposible. Halló en Muravief un hombre violento tras su nimiedad burocrática, con el cual le unió el nacionalismo y el odio a los alemanes, de manera que pasó por alto sus partes sombrías. Su correspondencia reemprendida en 1860 con Herzen, cuyo *Kolokol* estaba entonces en el cenit de su influencia,

contienen ditirambos sobre Muravief, que aclara la psicosis nacionalista elevada del ambiente expansionista y predominante del dominador y del explotador de Siberia, no de la víctima.

Por fin abandonó Muravief a Siberia sin que hubiera podido hacer nada decisivo por Bakunin, y eso libró a éste de toda consideración, lo que tal vez le movió a no fugarse en presencia de su pariente. Dejó Irkutsk el 5/17 de junio de 1861, bajó por el Amur, supo penetrar en un barco americano, que significaba la acción decisiva y se dirigió después por varios puertos japoneses a San Francisco, Panamá, New York y Londres, donde llegó el 27 de diciembre a casa de Herzen y de Ogaref, siendo fraternalmente recibido. En Yokohama había encontrado un combatiente de Dresde, en América encontró numerosos luchadores de 1848, desde San Francisco anunció a Herzen la continuación de sus aspiraciones de 1848, de federación eslava, en una palabra, se puso desde la primera hora, con completa vitalidad, a proseguir su actividad interrumpida en 1849, en el sentido de la revolución campesina rusa, de la guerra nacional eslava y de las aspiraciones federativas. Italia, 1859, así como Garibaldi le parecieron indicar el camino; el flujo había terminado, el reflujo comenzaba de nuevo, el hielo se deshacía, eso creía verlo a través de muchos síntomas y estaba dispuesto, como en 1848, a echar manos a la obra. Su socialismo dormitaba hondamente bajo la psicosis nacionalista.

ASPIRACIONES NACIONALISTAS

Se conoce todo esto por su primer carta abierta a los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos (15 de febrero de 1862), por su folleto: *Narodnoe Delo. Romanof, Pugatchef illi Pestel?* (Londres, 1862) y por escritos menores, por la descripción de Herzen en los escritos póstumos y por las propias cartas de Bakunin en 1862, de las cuales apareció un número en *Ryloe* (Petersburgo). Sólo que esta vez Bakunin no estaba tan solo como en 1848; había en Rusia importantes y serios movimientos públicos (Tchernichwsky y la juventud), organizaciones secretas de magnitud desconocida y variable (*Semlya i Volga*) y el gran movimiento liberal (Herzen y Ogaref, los Zemstvos, donde aparecieron algunos hermanos de Bakunin en Tver, etc.), hasta el movimiento de las sectas, desmesuradamente estimado en sus posibilidades revolucionarias, y al que se dedicaban Ogaref y Kelsief. Junto a esos movimientos que necesitaban todavía años para alcanzar su desarrollo, apareció repentinamente el movimiento polaco en la forma más aguda de la insurrección y lo complicó todo enormemente; una organización militar rusa (Potebuya) y Bakunin estaban seriamente dispuestos a colaborar con los polacos. Pero existían las viejas escisiones de los polacos, y Bakunin, por ejemplo, tuvo los más recios encuentros polémicos con Mieroslawski.

Basta decir que esa situación, en 1862 y 1863, contuvo innumerables ocasiones para la actividad de Bakunin, que surgieron numerosas complicaciones, que se embrollaron más que se desemrollaron y que, por completo independientemente de la voluntad de Bakunin, el efecto de su actividad fue muy insignificante. Conspiró en todas partes, negoció en 1862 en París, se dirigió el 21 de febrero de 1863 por Hamburgo y Kopenhage a Stockholmo, donde quedó hasta el otoño y donde le encontró nuevamente su mujer, que había salido de Siberia tras algunos obstáculos. No tuvo mayormente que ver con la expedición polaca de Lapinski, pero habría estado listo para acudir a Rusia si se hubiera señalado en alguna parte el comienzo de un movimiento revolucionario ruso. Como esto no ocurría, hizo todo lo posible en Suecia para influenciar la opinión pública y señaló a Finlandia. Sus discursos y artículos en los grandes diarios atrajeron la atención y fue muy festejado, pero no pudo, sin embargo, realizar la organización bélica que habría ayudado a Polonia.

No perdió nunca su actitud frente a la opinión pública, pero hizo tales experiencias con muchas personas de los movimientos polacos y con las organizaciones secretas rusas tan elusivas que,

en el otoño de 1863, se retiró por completo de los movimientos eslavos nacionalistas y tal vez reflexionó profundamente sobre su situación. Es también bastante claro que una actividad ulterior en Londres al lado de Herzen y de Ogaref se había hecho imposible para él. La Francia bonapartista le habría sido cerrada para una larga residencia, pero un país le ofrecía aún posibilidades -no tenía aún un partido de acción-, ese país era Italia y hacia ella se dirigió a fines de 1863 desde Londres y tras lentos viajes por Bélgica, Francia y Suiza. Desde entonces comienza nuevamente a pertenecer al movimiento internacional.

BAKUNIN EN ITALIA. CREACIÓN DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

No me es posible aclarar si ese viaje, en el que vio a Proudhon, a los hermanos Reclus y Vogt, a Garibaldi y a otros, conocidos viejos y nuevos, debía servir ya al propósito de trabajar relaciones privadas directas con hombres del movimiento o si debía ser sólo un viaje de saluciones y de información, que le llevó a su nueva residencia en Florencia, donde pasó la primera mitad de 1864. En agosto de 1864 se dirigió a Londres y a Suecia, y en noviembre volvió por Londres, Bruselas y París; en ese viaje, no aclarado en sus fines, lo visitó Marx en Londres, y vio por última vez a Proudhon en París. Luego permaneció en Florencia, y en el verano de 1865 se dirigió por Nápoles a Sorrento y habitó hasta agosto de 1867 en Nápoles y en los alrededores. La vida en Italia le agradaba, en particular la sencilla vida popular, y vivió después, desde el otoño de 1869 hasta su muerte, en pequeñas ciudades del cantón de Tessino.

Comprendió la derrota de la revolución de la nobleza polaca, pero confió tanto más en una próxima revolución campesina y en la nueva revolución general europea que se preparaba. Se debió ciertamente convencer de dos grandes obstáculos cuando entró particularmente en Italia en comunicación con muchos hombres del partido de acción y con la juventud que les seguía: los movimientos nacionales estaban ligados indisolublemente con los planes de los Estados; Napoleón III estaba especialmente tras todos, y el mundo de ideas de la juventud era limitado desesperadamente por la ideología religiosa de Mazzini y por su pseudosocialismo. Por eso se sintió impulsado a formar, mediante la propaganda íntima, una serie de revolucionarios antiestatales, que pensaran claramente y estuvieran libertados de los lazos de la religión y de la filosofía religiosa, y a establecer entre ellos un contacto íntimo, que debía hacer posible simultáneamente acciones internacionales, etc. Intentó servirse para ello de la masonería y presentó sus ideas someramente a las logias italianas, pero no tuvo éxito y se puso a trabajar por sí solo y consiguió realmente formar un círculo íntimo de elementos idóneos en una serie de países, es decir, una llamada sociedad secreta, que fue conocida corrientemente como *Fraternité internationale*. Fue incansable, personalmente y mediante el cambio de correspondencia, en la obra de la aclaración de las ideas de sus compañeros y del desarraigo de sus múltiples prejuicios nacionales; la mayoría de ellos prestaron preciosos servicios en el movimiento socialista internacional posterior.

Esa actividad naciente fundada en Florencia, si no en el primer viaje o antes, en Londres, implicó la ordenación de la asociación de las ideas antirreligiosas, ateístas y antiestatales, anarquistas de Bakunin y naturalmente la formulación de sus ideas sociales, socialistas y nacionales, federalistas. Esto fue hecho en su vasto programa o proyectos de programa de los grupos íntimos, en largas explicaciones subsiguientes, como la que escribió antes, tal vez, para los masones, en algunos escritos de ocasión y en una amplia y esmerada correspondencia. Aquí estamos en presencia de todas las ideas con que se presentó en 1868 en la Internacional. El movimiento obrero en todo eso es lo menos considerado, porque en 1864 apenas existía y el contacto personal de Bakunin con él, aun en Londres, en 1862 y 1863, fue mínimo y en Italia faltó por completo. La Internacional de la que le habló Marx estaba aún en sus primeros

comienzos y los proudhonistas parisienses no eran un factor de acción revolucionaria en el sentido de Bakunin. Ese estado de cosas explica que Bakunin trabajara solo durante años y años y que organizara él mismo un grupo de lucha revolucionaria internacional. Cuando después en septiembre de 1867 la democracia europea formó en el congreso de Ginebra la *Ligue de la Paix et de la Liberté*, Bakunin consideró esa organización como un cuadro apropiado en que podrían actuar en pro de sus ideas él y sus compañeros de la *Fraternité*, y difundirlas y en ese sentido expuso sus ideas en los congresos de Ginebra y de Berna (1868), escribió una nueva exposición de las mismas (*Socialismo, Federalismo y Antiteologismo*) y fue muy activo en 1867-68, cuando habitó en Vevey y en Clarens, en el Comité de la Liga. Pero los socialistas burgueses se revelaron inaccesibles a las ideas socialistas, y Bakunin y sus amigos abandonaron la Liga (octubre de 1868) y fundaron la *Alianza de la democracia socialista internacional*, que deseó ingresar en la Internacional como organización cerrada; dentro de ella habría continuado existiendo naturalmente el viejo grupo secreto: la *Fraternité Internationale*.

BAKUNIN Y LA INTERNACIONAL

Bajo esas condiciones, que se habían producido por sí mismas, pero que en su verdadera esencia han sido entonces desconocidas e incomprensibles para los no iniciados, incluso Marx, entró Bakunin en el movimiento obrero representado entonces por la Internacional. Esta se había desarrollado sólo teóricamente desde 1864 y en extensión muy lentamente y tan sólo señaló en 1868 un fuerte espíritu revolucionario y un progreso teórico (las huelgas; el congreso de Bruselas). El movimiento era, pues, muy apropiado y el socialismo fue reavivado de nuevo desde fines de 1868 hasta el verano de 1869 en Ginebra por Bakunin y sus amigos y arrancado temporalmente a los políticos locales -el Jura suizo fue ganado para muchos años para la tendencia antiautoritaria-, el socialismo en Francia es esencialmente fortalecido (especialmente en Lyon, Marsella, etc.) -la Internacional en España es fundada y animada desde el principio por el espíritu anarquista-, la Internacional se edificó en Italia -sobre los fundamentos echados desde hacía años-, se actuó en Rusia, etc. La *Egalité* de Ginebra, con muchos artículos de Bakunin, nos señala la naturaleza de esa propaganda, que presenta a las masas de los trabajadores las ideas y fines socialistas más amplios con una precisión y una objetividad maravillosas; al mismo tiempo existía una actividad más íntima tendiente a encontrar, formar y coordinar los elementos capaces de una iniciativa de Bakunin la verdadera vida; reveló ciertamente en Bélgica y en París (Varlin) una vitalidad propia, pero por lo general quedó en el nivel de la mortal moderación. Bakunin y sus compañeros la despertaron primeramente, la Comuna de París hizo el resto.

Poseemos numeroso material documental y recuerdos sobre esos años internacionales de Bakunin, desde el otoño de 1868, hasta el verano de 1874, igualmente sus noticias diarias para esos dos años que señalan toda la multiplicidad y la intensidad de sus trabajos y una multitud de manuscritos, que tan sólo desde 1895 han sido gradualmente dados a la publicidad. Aquí se puede indicar sólo los asuntos principales sin más explicación, por ejemplo su actividad en Ginebra en la sección de la Alianza, en la redacción de la *Egalité*, para su propaganda en el Jura en la primavera de 1869 y en el último tiempo de la Comuna de París, 1871, especialmente cuando estaban en preparación los planes de una sublevación comunal en Besançon para apoyarla. Después sus ensayos durante el transcurso de la guerra franco-alemana de 1871 para provocar una acción social-revolucionaria en el Sur y Sureste de Francia que no reconociera el Estado y construyera la libre federación de las comunas, -acción en España-, un vasto plan en cuya ejecución expuso en vano su persona en Lyon, septiembre de 1870; sin embargo consiguió la manifestación del 29 de septiembre y luego, tras posteriores esfuerzos en Marsella, debió regresar a Locarno. Los asuntos rusos ligados a Netchaef constituyen por sí todo un capítulo, sobre el cual no se debería juzgar sin exacto conocimiento del material

complejo. Satisfactoria es la propaganda rusa de Zurich, de 1872-73, el famoso verano de 1872, que vio a Bakunin mismo durante largo tiempo en París y diversas veces en el Jura, la imprenta rusa de sus compañeros de Zurich y de Londres, que publicó varios libros importantes, entre ellos su *Estatismo y Anarquía*, que desgraciadamente, como muchos de sus escritos, quedó sin terminar. Cuando Mazzini, el eterno enemigo del socialismo, condenó la Comuna de París, intervino Bakunin en defensa de ella y de la Internacional en un brillante escrito aparecido en Milán; ese escrito tuvo por consecuencia que numerosos jóvenes italianos entraran en relaciones con él y fundaran secciones internacionales con un núcleo revolucionario íntimo de los compañeros militantes asociados a Bakunin: esa fue la *Alianza revolucionaria socialista*, el alma más íntima de la Internacional española, es decir la *Alianza*, siguiendo los estímulos dados por el compañero íntimo de Bakunin, Fanelli, en su viaje de fines de 1868 a Madrid y Barcelona, resuelto por el círculo de Bakunin. Dos veces, en 1870 desde Marsella y en verano de 1873, estuvo Bakunin a punto de dirigirse a España, donde habría encontrado en Barcelona sus íntimos partidarios, pero las circunstancias lo impidieron. En agosto de 1874 se dirigió finalmente a Italia, donde se había preparado un movimiento insurreccional en diversas localidades; estuvo en Bolonia en la noche del Prati di Caprara; después del fracaso del movimiento consiguió huir a Suiza; ese fue su último viaje revolucionario.

MARX Y BAKUNIN

Se sabe suficientemente que toda esa actividad, que tenía por objeto la difusión y la realización revolucionaria de las ideas del anarquismo colectivista, era profundamente odiada por Karl Marx y sus compañeros, pues su aspiración era fundar partidos obreros socialdemócratas o, si se hubiera presentado la ocasión (que ellos mismos no trataban de provocar revolucionariamente), apoderarse de la revolución como dictadores y otorgar el Estado popular autoritario, pues Bakunin y toda otra actividad revolucionaria libertaria contrarrestaban esa aspiración. Ese odio irritado, que asumió formas más repulsivas aún a causa del desconocimiento de la verdadera actividad de Bakunin (en la correspondencia íntima de Marx y Engels lo demuestra) que se expresó por la difusión de calumnias y por maniobras administrativas y golpes de mano, pues Marx, por decirlo así, tenía en sus manos en Londres todo el aparato gubernamental de la Internacional; un partido político local ginebrino y toda suerte de agentes, desde N. Utin a P. Lafargue le secundaron en esa labor. El punto culminante de la intriga lo constituyó el congreso de La Haya de la Internacional (septiembre de 1872, cuya mayoría, amasada con toda especie de maniobras, no sólo excluyó a Bakunin de la Internacional, sino que trató de insultarlo personalmente mediante una maquinación infame tramada en primer lugar por Marx. Todos estos sucesos han sido de tal modo investigados en sus detalles y explicados, que ahora es posible pronunciar un fallo decisivo que recaerá avergonzadoramente sobre Marx y Engels.

Ese comportamiento autoritario, mediante el cual debía ser transformada en la conferencia de Londres de 1871 y en el congreso de La Haya de 1872 la esencia de toda la Internacional, sólo tuvo por consecuencia la agrupación de las secciones y federaciones antiautoritarias, comenzada en respuesta a la circular del Jura de noviembre de 1871, continuada por la declaración de la minoría en el congreso de La Haya y por el congreso de Saint Imier (Jura bernés, septiembre de 1872) y concluida por la reorganización de la Internacional en el congreso de septiembre de 1873, mientras que la organización de la tendencia autoritaria fracasó miserablemente. Bakunin vivió esa victoria de la tendencia libertaria, cuyos efectos fueron, es cierto, reducidos temporalmente por la reacción general que siguió a la derrota de la Comuna de París, pero creó la conexión espiritual de todos los elementos revolucionarios libertarios, que existe aún y a los cuales pertenece el futuro.

LA MUERTE

La situación privada de Bakunin fue algo más favorable desde su regreso hasta 1868, gracias a circunstancias especiales; después estuvo ante la pobreza y las preocupaciones, interrumpidas sólo en 1872-1874 por el episodio Cafiero, pero luego atravesó por situaciones opresivas extremas de que sólo se salvó por la muerte. Igualmente se arruinó su salud prematuramente, conmovida por la prisión; ese le ocasionó muchos padecimientos y la muerte cuando apenas contaba 62 años. No obstante todo esto, hasta el último año de su vida conservó un espíritu íntegro, sus ideas, deseos y esperanzas.

Desesperadamente enfermo se dirigió en junio de 1876 a Berna y murió atendido por sus amigos alemanes de la juventud, el médico profesor Vogt y el músico Adolph Reichel, el 1º de julio de 1876 en Berna. Sus ideas han permanecido jóvenes, y viven y prosperan hoy más que nunca.

¡GERMINAL! Rodolfo Rocker

¡Germinal! Como un grito lejano de la otra orilla trepida ebrio de esperanza a través de la helada noche de invierno. Germinal, renovador de la vida, nuncio de un nuevo devenir, espíritu de destrucción, espíritu creador, nosotros te saludamos. Por los pálidos crepúsculos de un presente malogrado sentimos el cálido aliento de lo venidero, nosotros, los cargados con la maldición de los siglos, a quienes atormenta el corazón el deseo como una llama roja.

Tempestades de invierno deben preceder tu venida, frías tempestades de invierno, para liberar los espíritus de las tradiciones esclavizadas de los escombros y del fango y de los conceptos petrificados que matan nuestra voluntad en las cadenas y estrangulan la acción salvadora en la red sutil de los trozos artísticos de la acrobacia dialéctica.

Se nos enseñó a comprender y a interpretar “históricamente” las diversas fases de la esclavitud; desde entonces jadeamos bajo la carga de lo viejo y admiramos en silenciosa veneración el cordón umbilical que nos ata a las formas de servidumbre de los milenios pasados. Gracias a dios, no somos ya utopistas; hemos aprendido a distinguir entre lo posible y lo imposible, y conocemos exactamente las fronteras donde lo dado prácticamente se pierde en el mar nebuloso de los conceptos fantásticos y de las representaciones indefinidas. Hemos hurgado, medido y demarcado científicamente los trayectos particulares de la esclavitud humana, y nos regocijamos regiamente de haber triunfado tan bien en el trabajo. Gracias al cielo hemos puesto orden en nuestras relaciones con el pasado; ojalá también nuestro futuro se base en ellas. La pálida envidia no nos puede prohibir este reconocimiento.

Sólo en algunos de nosotros suena todavía, llena de promesas y cargada de anhelos, la canción lejana de una isla legendaria en mares desconocidos que no ha vislumbrado aún barco alguno. Se les llama los últimos retoños de la generación del noble caballero de la Mancha, guardianes del Graal del ideal, espíritus entusiastas que han perdido la tierra firme bajo sus pies, y que aletean con sus sentidos más allá de las nubes. Para los nueve veces sabios de la “sana razón humana” serán siempre una abominación, pues despreciaron todas las normas de las tradiciones antiguas y todo orden legal de las cosas.

Llevan el signo de Caín de la libertad en la frente, y en su alma se oculta el ansia ardorosa y la rebeldía tenaz de las tempestades celestes. Su ruta va sobre los abismos y las simas, pues evitan expresamente los caminos trillados de la cotidianidad. Alguno de ellos cae en las honduras bostezantes; pero no se consideran nunca como víctimas y el pobre incienso del martirio les parece insípido y fútil. Obran siempre por impulsos interiores, y deben obrar así porque no pueden hacerlo de otro modo.

Lo inhabitual y lo raro los atrae, y lo utópico es, en ellos, una necesidad vital, pues su alma está sedienta de nuevas fuentes y de ocultas maravillas. Son hipotecarios del futuro, abanderados del conocimiento y afirmadores de la vida. Su mirada es pura, su paso ligero, puesto que su espíritu no está cargado con las tradiciones de la servilidad que nos remachan con férreas cadenas a los hechos banales de lo “históricamente dado”.

Sálvense ustedes, los del vuelo ligero, en cuyo espíritu actúan el impulso de destrucción y la alegría de los creadores para dar a luz nuevos mundos.

¡Tradicción de la servilidad! Esta es la peste invasora que quebranta nuestra fuerza, carcome nuestra voluntad, la eterna carga que nos aplasta y que ahoga nuestro anhelo en el fango del rutinarismo, antes que pueda florecer. El peso entero de la historia humana nos agobia; sin embargo, no nos atrevemos a arrojar la carga de nuestros hombros por miedo a perder el equilibrio y a tener que hundirnos en la nada. Entre gemidos y suspiros vagamos con nuestro bagaje histórico, tambaleantes, por las calles de la vida y cubrimos ya el futuro con las hipótesis del pasado. El enorme caos de las formas muertas y de los conceptos cristalizados, donde las últimas chispas de la realidad viviente hace mucho que se han extinguido, nos oprime y arrastra nuestro espíritu a las profundidades. No hay duda que también en esas envolturas muertas habitó una vez un alma y circuló la palpitación de la vida; pero esa época está ya lejana y sólo nos han quedado de ella inútiles escorias, en las que el empañado brillo de las grandezas pasadas centellea falsamente como fría mica sobre estéril roca.

Nuestro cerebro es como una cámara de novedades en la que se agitan sombras sin alma: por todas partes momias, “verdades” embalsamadas y reliquias carcomidas por las que no pasa más el aliento de dios. El pálido reflejo de lo acontecido chispea fantasmalmente sobre los viejos cofres y los agrietados altares, de los que se desprende el olor a moho de las épocas muertas. Nada nos une con ese mundo de espectros de brillo inanimado más que la tradición de la servilidad, el espantoso respeto ante las máscaras irónicas del pasado, tras de las cuales no se oculta ya ninguna vida real. Pero ese mundo de las pálidas sombras y de los sagrados embustes está entre nosotros y la realidad de las cosas y nos muestra todos los fenómenos de la vida en formas caricaturescas. La existencia propia nos es visible solamente mediante la oscura atmósfera de las tradiciones abstractas, y allí donde creemos haber percibido la esencia de las cosas, se burla de nosotros sólo la danza de las sombras del pasado, que proyecta sobre las cosas de la realidad material su juego engañoso. Vemos la realidad sólo en las perspectivas del pasado, o mejor dicho, no vemos las cosas como son, no vemos nada más que la apariencia de las cosas. Pero esa apariencia de las cosas, ese retrato engañoso de la realidad efectiva, nos aparece como la existencia completa, como la realidad superior, y a ella sacrificamos constantemente nuestro ser particular. Nutrimos los cuadros de sombras de nuestras representaciones abstractas con la sangre de nuestro propio corazón, y nos convertimos en víctimas de una ilusión óptica que nos hace aparecer la realidad viviente como fantasmal e inanimada. Es la sombra de las cosas la que nos lleva a la inmolación y nos hace doblar la rodilla. Peter Schlemihl, al que compró su sombra el hombre de casaca gris, cae en la desesperación porque perdió de ese modo el objeto de su idolatría y de su veneración hereditaria.

El hombre creó a dios a su imagen, pero lo hizo inconscientemente, con la ingenuidad del niño a quien todavía le está vedado el sentido de las cosas. Miró el espejo mágico de la naturaleza

omnipotente, que reflejó amplificado su retrato. Y se doblegó en tímida veneración ante ese reflejo que llamó dios y que se convirtió para él en la realidad absoluta, a la que sacrificó su propia existencia. Así se transformó el creador en esclavo de su propia creación, la apariencia en realidad. Cuanto más grande y fuerte apareció dios al hombre, tanto más le aterró a él, el verdadero creador, el sentimiento de su insignificancia. Disfrazó al producto de su fuerza de imaginación con todas las cualidades preciosas, y en la aureola de esa divinidad le debió aparecer todo lo humano miserable y vano.

Mientras la creencia de los pueblos estaba aún rodeada con los prestigios de la poesía ingenua de la primera juventud, apenas llegó a la conciencia del hombre la gran tragedia de su descenso. Pero más tarde, cuando la fe infantil de las épocas pasadas se petrificó en las formas muertas de la dogmática teológica y la comunidad de los creyentes se transformó en iglesia, el empequeñecimiento del hombre divino principio sagrado y piedra angular de todas las religiones llamadas positivas. Dios lo fue todo; el hombre, nada.

Como un mendigo roñoso se agazapó el hijo de la tierra ante su propio retrato y suplicó su protección y su bendición sobre su cabeza pecadora. Así se convirtió la tierra en valle de lágrimas y la vida en una maldición. Para salvar el “alma divina”, maceró el cuerpo, el vaso de la impureza y de las codicias insensatas. En la misma medida que el fantasma dios creció hasta lo gigantesco, se encogió el hombre hasta el nivel liliputiense miserable que no se atrevía a acercarse a la muerta sombra de su propio yo más que mediante la intervención de los “elegidos”, y con santo respeto. Dios es todo, el hombre nada.

Y los “elegidos” transmitían a los creyentes los mandamientos de dios en tablas de piedra y amarillentos pergaminos, que debían servirles como regla de conducta. Así recibieron las sombras una voluntad, y el hombre las cargó sobre sus hombros como santo yugo para merecer el reino de los cielos.

“¡Yo soy el señor, tú dios!” -retumba por los milenios de la historia humana-, y millones y millones de “pobres mortales” inclinan respetuosos la cabeza ante el ídolo que ha nacido de su propia fuerza de imaginación y que prolonga su existencia gracias a la ilusión de su fe.

Las formas de la creencia han cambiado en el curso de los tiempos; pero sus raíces son siempre las mismas, lo mismo si se trata del mezquino fetiche de los salvajes o del dios abstracto de las religiones monoteístas. Es siempre el mismo cambio fatal de papeles: la apariencia se transforma en realidad, la creación en amo y señor del creador. El número de los dioses caídos es legión; pero dios mismo no cayó nunca y nos hace muecas bajo máscaras siempre nuevas. Cuando el hombre derriba un viejo ídolo del pedestal de lo más sagrado, lo hace siempre para arrojarlo al suelo ante una nueva divinidad, cuyo brillo todavía no fue empañado en la mutación infinita de los acontecimientos.

En nombre de dios el hombre soportó el yugo de toda tiranía, se entusiasmó por toda ilusión fabricada por su ardorosa fantasía, sacrificó todo crimen que le fue predicado por los sacerdotes como constantemente en sacrificio para estar seguro de la existencia de su ídolo. No es una casualidad que casi todas las religiones estén fundadas en la idea del sacrificio, pues dios se alimenta de la sangre de los hombres, de los jugos vivientes de su existencia material.

En todas partes donde un sacerdote proclama la palabra de dios; donde los creyentes, celosos del sacrificio, inclinan la cerviz en santo amor ante la alta voluntad; allí hay un Gólgota en que se crucifica al hombre. Proudhon había percibido la raíz misteriosa de la tragedia de la humanidad cuando grabó estas palabras: “¡Dios es la estupidez y la cobardía; dios es la hipocresía y la mentira; dios es la tiranía y la miseria; dios es el mal!”

Pero dios no sólo está en su casa, en las iglesias de los creyentes y en los libros santos de los teólogos: lleva su esencia a todos los dominios de la vida humana, y habita en cada escondido repliegue de nuestro cerebro.

La forma de todo Estado es sólo una traducción del principio divino de autoridad, y lo que llamamos simplemente “política” no es otra cosa que la teología del Estado. No en vano se nombran los reyes “por la gracia de dios”, pues el poder de la realeza y del Estado en lo general nace de la misma fuente que alimenta la omnipotencia de dios. Por estas razones sostenía De Maistre, el gran apóstol de la reacción, con justa razón, que toda forma de gobierno era teocrática por su naturaleza y que toda constitución venía de dios.

Todo poder de acuerdo a su esencia íntima es de origen divino, pues en último resultado es, no la violencia brutal que mantiene un sistema político, sino la fe sagrada en la necesidad ineludible de ese sistema, la tradición de la servidumbre, que obliga más y más a los hombres a ofrendar la realidad viviente del existir real a un cuadro inanimado de sombras, y puesto que todo poder según su esencia es divino, es siempre absoluto, también en el caso en que trata de ocultar modestamente su desnudez bajo oropel del derecho parlamentario. Ya se trate aquí de la forma fetichista del Estado, en que el principio del poder halló aún su expresión directa en la persona del monarca absoluto, o de una abstracta “república una e indivisible” de los jacobinos, o mejor todavía, de la famosa “dictadura del proletariado” de Lenin y Trotzky, esto es de una importancia accesoría. Estas son solamente diferencias en la forma, que no pueden cambiar nada en la naturaleza de la cosa misma.

Bonald, el seco y incurable pedante y el defensor invariable del principio de autoridad, comprendió bien el germen de la cosa cuando escribió las terribles palabras: “Dios es el poder soberano sobre todos los seres; el hijo de dios es el poder sobre toda la humanidad; la cabeza suprema del Estado es el poder sobre todos sus súbditos; el cabeza de familia es el poder en su casa. Puesto que todo poder es creado a imagen de dios y nace de dios, todo poder es absoluto”.

Sólo una cosa no ha comprendido Bonald, y no habría podido comprender. Comprendió la divinidad de todo poder, pero no comprendió el origen de la divinidad que, según él, fue dada por la eternidad. La gran tragedia del hombre no llegó nunca a su conciencia, pues fue un embaucador y un embaucado al mismo tiempo.

Como dios sólo prolonga su nebulosa existencia en la fuerza de representación de los hombres y sólo es sensible para éstos el poder divino por la actividad consagrada de sus sacerdotes y elegidos, así también el concepto del Estado en sí y por sí es únicamente una formación abstracta que tan sólo llega a la conciencia de los leales súbditos por la alta eficacia de sus representantes y de su jerarquía burocrática. El creyente espera toda salvación de dios, puesto que su propia fuerza se le aparece como mísera. Por las mismas razones el súbdito creyente espera toda salvación del Estado, que se ha convertido para él en la providencia terrestre.

No comprende que el Estado en el mejor de los casos sólo puede devolverle lo que le ha quitado antes en forma de impuestos y de tributos, y comprende menos aún que la inmensa mayoría de las ofrendas que presenta al Estado diariamente no sirven a sus propios intereses, sino a los intereses del Estado y de sus dignatarios, ya sean éstos “puestos por dios” o elegidos por el pueblo, lo que en el fondo es lo mismo, puesto que, según la afirmación de la tendencia más avanzada de la moderna teología política, la “voz del pueblo es la voz de dios”. Como en la religión dios es todo y el hombre no es nada, así en la política el Estado es todo y el ciudadano nada. Ambas máximas de la autoridad terrestre y celeste, el “Yo soy el señor, tú dios” y el “¡Sean sumisos ante la autoridad!”, crecieron juntas desde los orígenes más remotos, como hermanas gemelas.

Mientras que el hombre veneró en dios el concepto de la perfección absoluta, se convirtió él mismo, el creador de dios, en miserable "gusano de tierra", en la encarnación viviente de toda debilidad e insignificancia terrestre, y los teólogos y los escribas no se cansaron de encarecerle que era un "pecador de nacimiento", que sólo podía ser salvado del abismo infernal por la declaración de los santos mandamientos de dios y su cumplimiento.

Y mientras el ciudadano dotaba al Estado de todos los atributos de la perfección terrestre, se degradaba él mismo hasta la caricatura de la impotencia espiritual y de la minoría de edad a quien los escribas del derecho y los teólogos del Estado martillaron más y más el convencimiento de que en mérito a su naturaleza está cargado con los oscuros instintos del criminal nato y de que sólo mediante las leyes del Estado tiene que ser dirigido por la senda de la virtud oficialmente reconocida. El divino "Tú debes" y el estatista "Tú tienes que..." se complementan recíprocamente de un modo maravilloso. Mandamientos y ley son sólo formas distintas de expresión del mismo principio de autoridad.

Como la figura de dios y la creencia en dios de los hombres aceptó diversas formas y figuras en el curso de los tiempos, así también la figuración externa del Estado y de la creencia en el gobierno de los valerosos súbditos están sometidas a las mutaciones de la Historia. Pero la naturaleza de la cosa quedó invariable, y se trató siempre de nuevas envolturas del mismo principio de poder. Lo mismo que el problema de la mejor religión era antes el control de las rivalidades entre las distintas escuelas teológicas, así giró el cerebro de los políticos siempre alrededor del problema del "mejor gobierno". Y lo mismo que en el dominio de la religión hay judíos, islamitas, católicos, protestantes, mormones, se encuentran en el dominio de la política monárquicos, constitucionalistas, republicanos, demócratas o bolcheviques, que se tiran recíprocamente de los cabellos, pero que sin embargo -consciente o inconscientemente- persiguen el mismo objeto.

Todos los partidos no son en realidad nada más que iglesias políticas que sirven a su manera al Estado, y lo mismo que cada iglesia de los sistemas diversos de religión según su propio rito, proclama la gloria de su dios.

En todas partes vemos el mismo ardor de sacrificio de los creyentes del término medio y la misma codicia del poder en los "elegidos", que arrastran la existencia al lugar del holocausto para abandonarla a una sombra abstracta.

Pero hasta en un dominio tan concreto como la vida económica del hombre agita el espectro divino su juego extraordinario y exige, por intermedio de sus sacerdotes, su tributo humana. ¿O es otra cosa el llamado "derecho de propiedad" de nuestros economistas que una proyección de la idea de dios sobre el dominio de lo económico? ¿Ha sido, en general, la economía nacional burguesa entera otra cosa que la teología de la propiedad?

Los escribas del derecho de propiedad procedieron del mismo modo que los teólogos de la iglesia y del Estado. Así mismo éstos vieron su tarea más ilustre en inspirar al rebaño de los creyentes o a la chusma de los súbditos la conciencia de su absoluta insignificancia, así se esforzaron aquéllos celosamente por sugerir a la masa de los productores y de los laboriosos el sentimiento de su necesaria dependencia para poderlos remachar tanto más firmes a las cadenas de sus ídolos. Y de la misma manera que la teología política y eclesiástica de todas las escuelas y tendencias procura ocultar el origen y la esencia de su dios en las regiones de la niebla y del misterio, así también sus representantes en el dominio de la vida económica no han dejado ningún medio sin probar para simular el origen y la naturaleza de la propiedad con el espeso velo de una metafísica extraña.

Pues también la propiedad es divina, y todo lo divino es misterio. En este sentido todas las constituciones políticas de los hombres -ya se trate de los preceptos teocráticos de Dalai-Lama

del Tibet o de la famosa legislación democrática de 1793- han rodeado la propiedad con un nimbo de gloria y le dedicaron el puesto más distinguido en sus documentos legales.

Ciertamente la propiedad es sagrada, pero es una de las numerosas metamorfosis de la idea de dios que surgió del sombrío impulso imaginativo del hombre, y sólo puede vivir su vida crepuscular en las regiones fantasmales de su más turbia fantasía. Y también aquí el parecer se convierte en ser, se desangra la realidad viviente en una ilusión.

Igual que el fetiche aparece al salvaje como la morada santa de algún espectro, imaginamos nosotros que habita en cada objeto que ven nuestros ojos y tocan nuestras manos un fantasma. Tras las cosas sensibles de la existencia real se refugia la propiedad, y hasta el producto del trabajo de nuestras manos se nos convierte en fetiche donde un demonio ha encontrado su vivienda. ¡Ay! vivimos todavía en la edad del fetichismo, a pesar de toda la instrucción, a pesar de toda la ciencia.

Y no sólo abandonamos la parte del León de nuestro trabajo a esas ilusiones: les ofrendamos también como cebo cuerpos vivientes y nos embriagamos en el sentimiento de nuestra honestidad cívica.

La concupiscencia vital de los bravos súbditos es poderosamente excitada cuando pasan ante la exposición sugestiva de los almacenes y depósitos de la gran ciudad con el estómago vacío, pero no se atreven a extender su mano hacia todas esas magnificencias, por mucho que el hambre rabie en sus intestinos, si no está en situación de satisfacer el tributo de sacrificio a la propiedad. Millones de criaturas humanas están abandonadas su vida entera en la más horrorosa miseria, en medio de una abundancia criminal, que cotidianamente zumba ante sus ojos voraces de una manera ostentativa, y sin embargo guardan fieles los mandamientos del llamado derecho de propiedad, como un creyente guardaría los mandamientos de su dios.

“¡Ilusión, ilusión en todas partes!” Danza de espectros alrededor del Gólgota y de la vida palpitante sobre los altares humeantes del sacrificio.

En constante comunicación con el mundo de espectros de los dioses nos hemos convertido nosotros mismos casi en espectros. Yace en todos nosotros algo horroroso, pesado, que carga nuestro espíritu y lo atrae a los lugares misteriosos de sacrificio. La tradición de la servidumbre se incrusta en nuestra sangre como un oculto veneno, se nutre constantemente de nuestra fuerza vital y que nos hace aparecer el mundo como en una caótica embriaguez de opio. Ibsen reconoció el punto frágil de nuestro intelecto cuando puso en boca de la señora Alving estas palabras: “No sólo nos rodea lo que hemos heredado del padre y de la madre. También todos los conceptos viejos y muertos imaginables y toda suerte de nuestras creencias y así sucesivamente. No vive en nosotros, pero a pesar de todo está en nuestra sangre y no podemos quedar libres. Si tomo un periódico en la mano y leo, me pasa algo así como si viera espectros deslizarse entre las líneas. En torno al país deben vivir espectros. Deben ser tan numerosos, creo yo, como la arena del mar. ¡Y además todos somos tan míseros lucífugos, unos como otros...!”

¡Ay! el espectro en nosotros nos hace lucífugos y cobardes. Temblamos ante nuestras propias sombras, y nuestro espíritu imagina los sistemas más maravillosos para justificar nuestras debilidades y darles una apariencia heroica. Así se cambió la servilidad en virtud, la sumisión en principio. Toda nuestra vida está obstaculizada por férreas necesidades que nosotros mismos hemos descubierto y agrandado hasta que se nos han transformado en la fatalidad. Nos persiguen desde la cuna a la tumba y oprimen todos nuestros actos en el molde de las sagradas leyes y de los conceptos tradicionales. Todo esto se nos convierte en obligación, en irrevocabilidad, y aun después de romper en trozos un viejo yugo acechamos anhelantes nuevas religiones a quienes poder ofrendar nuestra reverencia.

Sólo en el primer día de nuestras revoluciones zumban a nuestro alrededor los relámpagos del crepúsculo de los dioses; pero al segundo día nos arrodillamos ya otra vez ante nuevos altares.

Y si uno de la generación de los señalados viene a nuestro medio para atravesarnos con el sentimiento de su humanitarismo, lo llevamos a la guillotina o lo vestimos con los atributos de la santidad. Los fariseos hacen morir a un hombre en la cruz, pero tres días después de su muerte hacen surgir de su tumba la ilusión de los creyentes en un dios. ¿Cuándo llegará finalmente el viernes santo de dios que traiga la resurrección del hombre?

¿Oyen el grito lejano de la otra orilla? Suena lleno de esperanza y radiante de vida por la helada noche de invierno como un mensajero del porvenir. La rigidez se disuelve. Un gran anhelo va por el mundo, como un soplo de primavera. Son los presagios del gran crepúsculo de los dioses que nos anuncian la fiesta de la resurrección.

¡Germinal! ¿Oyen retumbar el grito de medianoche? Germinal, renovador de la vida, nuncio de un nuevo devenir, espíritu de destrucción, espíritu creador, nosotros te saludamos.

¡Germinal! ¡Germinal!

LOS ANARQUISTAS Y LA REACCIÓN CONTEMPORÁNEA

Diego Abad de Santillán

DEL ATAQUE A LA DEFENSA

Hubo momentos en el agitado período de 1918 a 1921, en que realmente la revolución llamaba a nuestras puertas y nos hacía sentir el júbilo de la hora suprema de todas las reivindicaciones. Una ola internacional de entusiasmo solidario conmovió a los esclavos modernos y les llamó a la conquista del porvenir. El corazón y el cerebro de los oprimidos respondieron a los imperativos de la hora, rompieron el ritmo de la rutina, salieron de los cauces cotidianos, y el paria se atrevió a erigir su cuerpo curvado bajo el peso de una negra servidumbre milenaria y a mirar de frente al sol. Se vivieron en esos años horas inolvidables y el despertar de los pueblos ofreció un espectáculo grandioso y conmovedor. ¡Por fin se descubría a nuestras miradas ansiosas la tierra prometida! Surgió una Rusia preñada de promesas de libertas de entre los escombros del zarismo y por todas partes caían en ruinas los viejos sistemas carcomidos por la ola de fuego de la revolución.

Sólo que eso fue un despertar pasivo de las masas de esclavos; una ráfaga extraña en los hábitos adquiridos por una larga noche de autoridad y de explotación: aparecieron los rayos de una aurora nueva y Prometeo levantó la frente, pero no supo destruir sus ligaduras; revivió en su alma un impulso formidable de vagos deseos, de indefinidos anhelos y gozó de esas nuevas e inefables sensaciones; la hora memorable que siguió a la gran guerra no dejó en las masas de los oprimidos y de los explotados más que el recuerdo de un espasmo de íntima satisfacción, de un júbilo interno indescriptible, una débil sensación de preludios de libertad. Se extinguieron los entusiasmos en la pasividad estéril y las cadenas quedaron.

No debe extrañarnos que los pueblos no supieran qué hacer con sus propias fuerzas; los años de esclavitud pesan sobre ellos como una sofocadora sensación de impotencia; a vivir la

libertad se aprende prácticamente; no por los libros, sino por la vida misma. Y las experiencias reales, los aprendizajes prácticos de las masas para vivir libres eran tan pocos, tan insignificantes, tan débiles, que su recuerdo se había perdido y la voz de la tradición no transmitía -de esclavo a esclavo, de padre a hijo, de generación a generación, como se transmitirá por muchos la epopeya de la ocupación de las fábricas en Italia- lecciones de sabiduría práctica para la conquista de un mundo mejor.

Las clases privilegiadas sintieron que la revolución llamaba a las puertas del mundo y quedaron aterradas. Los trabajadores no sabían qué hacer para ocupar su puesto en la vida, pero tampoco las capas privilegiadas supieron moverse para defender sus privilegios y conjurar el peligro. Si el ataque del proletariado hubiera sido efectivo y rápido, no habría encontrada apenas resistencia. Tal era el espanto que imperaba *arriba* en las esferas de la riqueza y la dominación.

En el período de 1918 a 1921, la voz de los trabajadores fue, sin embargo, un factor resolutivo en la vida social; los capitalistas y los gobernantes consideraron que sería un gran triunfo mantenerse en la defensiva, y colmar, al menos en apariencia, los deseos más apremiantes de las masas.

Vivíamos con la convicción de que era un período transitorio el que atravesábamos; pero en lugar de prever que la brújula del mundo pudiera inclinarse de parte de la reacción, confiábamos ciega e irreflexivamente en nuestro propio triunfo. Frente a los aterrados burgueses pensábamos con regocijo y con orgullo que muy probablemente dentro de poco tiempo los tendríamos a nuestro lado, como iguales, en el taller, junto al yunque, o en el campo tras el arado.

Fue un instante de solidaridad emotiva de las masas laboriosas; y era tal el sentimiento de la propia fuerza que no se nos ocurrió la idea de que nuestro vigor pudiera decrecer al día siguiente; nos decía la realidad claramente que luchábamos con ventaja, que marchábamos en una ofensiva triunfal, y la seducción y el disfrute de la tierra prometida que divisábamos en la lejanía nos apartó los ojos de la realidad de nuestra situación; y cuando cambiaron las perspectivas constatamos trágicamente que no habíamos hecho nada para romper las cadenas de nuestra esclavitud. Y entonces era ya demasiado tarde... Nuestros enemigos habían probado nuestra inexperiencia y recobrado sus fuerzas y su valor para doblegarnos de nuevo a su voluntad y uncirnos otra vez a su carro de triunfo.

Casi repentinamente nos vimos sometidos a los viejos amos: de la ofensiva proletaria internacional se pasó a la ofensiva capitalista y autoritaria en todos los países; los que ayer atacaban -o creían atacar- hoy tienen que defenderse, y viceversa, los que hoy atacan, se defendían ayer. Tan rápida fue la mutación del escenario que muchos aparecen hoy subyugados por el pesimismo y desconfían amargamente del porvenir de la humanidad.

Nosotros consideramos que es una pérdida enorme la experimentada por el proletariado, que no supo quebrantar sus ligaduras cuando tan fácil le hubiera sido; pero estamos muy lejos de hablar de una derrota. No, no es una derrota la sufrida: es una lección práctica que nos hará más oportunos en lo sucesivo. Para nosotros no hay más que una sola derrota en las luchas revolucionaria: *la pasividad*. Atacar o defenderse es siempre movimiento, es siempre vida. La pasividad es la adaptación al dolor, a la miseria, al crimen permanente del sistema imperante.

Hace unos años, las circunstancias nos eran favorables; ahora nos son en extremo desventajosas; ayer la lucha exigía más víctimas a nuestros enemigos que a nosotros; hoy es al contrario. La modificación es grande, pero mientras la vida revolucionaria persista, mientras la bandera de nuestras aspiraciones quede en pie, no hay motivo para desesperar. Llegarán ineludiblemente días mejores; entonces sabremos aprovechar el tesoro de las experiencias.

Esta hora reclama la actividad tenaz y consciente de las minorías rebeldes, dueñas de su voluntad. Las grandes masas proletarias reposan del cansancio emotivo de los años de guerra y de efervescencia revolucionaria. Los movimientos de masas posibles todavía en esta hora, son los movimientos colectivos de la reacción.

PANORAMA REACCIONARIO

Buscaríamos inútilmente un refugio de libertad en la tierra; dirigiríamos en vano la mirada a Oriente o a Occidente, al Norte o al sur; lo mismo en la monarquía que en la república, lo mismo en la democracia burguesa que en la democracia socialista, lo mismo bajo el imperio de la aristocracia que bajo la dominación de los soviets, la reacción entona sus himnos de triunfo sobre las espaldas del proletariado que trabaja y que sufre. La reacción se toma la revancha, furiosamente, contra los años de actividades y de pensamientos revolucionarios.

Las graduaciones de este fenómeno internacional son tan insignificantes que podríamos pasarlas por alto. De Lenin a Mussolini o a Primo de Rivera, la variación es escasa; nosotros, los anarquistas, podríamos constatar ciertas diferencias; en Rusia nuestra prensa y nuestra propaganda están totalmente estranguladas; en Italia, aunque en círculos muy reducidos todavía, se puede hacer oír la voz serena de un Malatesta, en esta hora de tragedia. Pero estas diferencias que nos atañen particularmente no deben anteponerse en nuestro juicio; para nosotros igualmente condenable la dictadura de Lenin que la de Mussolini y no podríamos combatir una sin combatir todas, pues si la revolución no será nacional o no se consolidará nacionalmente, tampoco la reacción de fijará en un solo país, independientemente del resto del mundo.

Nuestro camarada Rocker decía en una ocasión memorable: "Si un cerebro humano fuera capaz de concebir en todos sus detalles terribles el crimen de la gran guerra, se derrumbaría bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas". Lo mismo podríamos decir de esta hora de reacción: si un hombre pudiera abarcar la totalidad de las monstruosidades y de los crímenes de esta guerra sangrienta e inhumana entre las fuerzas del pasado y las del porvenir, enloquecería bajo el peso del dolor proletario. Las cárceles del mundo entero, la miseria, las persecuciones, la muerte, nos dicen día a día que vivimos en una época extraordinaria y que extraordinario debe ser nuestro valor y extraordinaria nuestra fe para resistir esta prueba de fuego y esperar el advenimiento de días mejores. De todos los rincones de la tierra parten los alaridos de la desesperación y los ayes de las víctimas. Un descenso moral increíble señala el triunfo de los explotadores del trabajo creador. No en un país determinado, sino en todas partes, en todas las latitudes, bajo todos los regímenes políticos. En los tiempos de Guillermo II, en la misma Alemania -un país que nunca reveló una excesiva sensibilidad revolucionaria ni una conciencia humanitaria ejemplar- no se hubiera permitido sin graves protestas el armamento con armas de fuego de los gendarmes en tiempos más o menos pacíficos. Hoy, bajo la socialdemocracia, al menor signo de intranquilidad pública, de temor a desórdenes ejemplares, los gendarmes acuden con granadas de mano y ametralladoras, dispuestos a derramar sangre humana con sádico placer. Y la conciencia moral colectiva no se indigna, ni exterior ni interiormente, en presencia de un espectáculo tan bestial y bárbaro.

Cuando nuestro compañero Francisco Ferrer fue condenado a muerte, no obstante sus convicciones anarquistas, una formidable protesta internacional de todas las clases sociales, de todos los partidos, obreros y burgueses, condenó la monstruosidad jurídica de los torturadores españoles. Hoy constatamos que estamos completamente solos frente a la condena de los supuestos autores de la muerte de Dato. El mundo no se preocupa, después de haber visto correr tanta sangre, de la cabeza de dos revolucionarios.

Nuestro amigo Giovanetti, de la *Unione Sindicale Italiana*, entretiene los ocios forzados de este triste período con las adiciones del número de años que distribuyen los tribunales fascistas sobre nuestros camaradas. Las sumas de Giovanetti llegan a un número de siglos que aterroriza al más valeroso. Los días de Nicotera, el famoso renegado, los días más trágicos de las persecuciones contra la vieja Internacional, palidecen y se nos figuran nimiedades en comparación con los horrores del fascismo. El viejo *domicilio coatto* sería hoy un sistema de represión lleno de humanidad y de dulzura. Y la tierra de los inquisidores, la patria de los torturadores del Montjuich, ha visto mucho en los días inolvidables de la *Mano Negra*, de Alcalá del Valle, de Cambios Nuevos; pero las lágrimas y la sangre vertidas en estos últimos tiempos han superado todo lo que era de esperar en mérito a las nobles tradiciones de la historia española. La época de las leyes bismarckianas de excepción no podría compararse con este período de dictadura militar en Alemania bajo la protección de la socialdemocracia. La actual represión en los Estados Unidos no es inferior a la que siguió después de los acontecimientos de Chicago en 1886. En todos los países, grandes y pequeños, habría trabajo incesante para los Giovanetti. Con un poco de paciencia podrían presentarse a la posteridad las estadísticas más espantosas del martirologio revolucionario y de la ferocidad de las clases dominantes. Y es ese un trabajo que debería realizarse. El dolor de nuestros hermanos de todas las latitudes y de todas las nacionalidades acrecientan nuestra capacidad solidaria y nos fortifica espiritualmente en la resistencia a la reacción. Un día nos llega la verdad de las matanzas de la Patagonia, otro el veredicto fascista contra los mineros de Valdarno o los campesinos de Minervino Murge; hoy el asesinato de Wilckens, mañana la matanza de Corocoro o el salvajismo de la reacción japonesa, o los gritos de angustia de los desterrados a Siberia, o de los condenados a muerte en España... Y ese amontonamiento de una tragedia desgarradora sobre otra más desgarradora aún, llenará un día la copa del dolor, la indignación de los hombres sanos de corazón explotará en medio de esta Babel de concupiscencias y de festines de sangre.

Jamás la Historia ha visto un cuadro semejante. Ayer la sangre de los pueblos regaba los campos de Europa en defensa de los intereses de algunas camarillas financieras e industriales; hoy la sangre y las lágrimas de los trabajadores revolucionarios riegan todas las zonas del orbe en holocausto al Moloch de la autoridad y del privilegio.

No tenemos dónde reposar la mirada para escapar al clamor y al espectáculo de la tragedia; el presente está dominado por la reacción y el corazón se oprime frente a tanta crueldad y a tanta ferocidad. Sólo cuando dirigimos la vista al porvenir, recomfortamos el espíritu en optimismo y templamos nuestro ser para la resistencia, porque todo nos asegura que el porvenir es nuestro, que el porvenir es de la libertad.

DEFINICIÓN DE LA REACCIÓN

En este momento podría ponerse en duda si somos revolucionarios o contrarrevolucionarios; en realidad nuestros esfuerzos están hoy dirigidos más bien contra la reacción que en pro de la revolución. Nuestra mayor aspiración del momento es la conservación de las posiciones conquistadas; ya que no es posible avanzar, no deseáramos tampoco retroceder. Y cuando vemos en países como en Italia, en Rusia, etc., que nuestros amigos han cedido en sus posiciones, y cuando vemos que los embates de la reacción amenazan en todas partes vencer nuestra resistencia y abatir nuestra bandera, quisiéramos que todos los camaradas se penetraran de esta verdad: mientras consigamos mantener vivo el fuego sagrado de nuestros principios, la reacción no nos vencerá; la reacción no puede matar más que las formas exteriores de nuestra vitalidad y eso por poco tiempo; mantengamos el estandarte de nuestras reivindicaciones sin compromisos ni disfraces; si, basándonos en pretendidas necesidades

momentáneas, traicionamos o enmascaramos nuestras ideas, la caída de la reacción nos sorprenderá en la impotencia, y el porvenir no será nuestro.

Nosotros definimos la reacción como un *fortalecimiento de las ideas que sostienen la explotación y la dominación del hombre por el hombre*. Lo esencial en este período de reacción no es la marcha de los fascistas sobre Roma, ni la acción de las bandas bárbaras, ni el pronunciamiento de Primo de Rivera ni los actos de la dictadura rusa, ni las persecuciones y las matanzas obreras en todos los países; tras los hechos están las ideas que los determinan; no estamos ante un mero problema de fuerza que pudiéramos vencer con la fuerza también; no: la reacción es un movimiento de ideas que fortalece el fetiche autoritario, malparado en estos últimos años. El que más significación e influencia tiene en este período histórico es Lenin; el leninismo ha determinado la derrota de las esperanzas revolucionarias y el nacimiento y la acción de las fuerzas de la reacción. Es cierto que si los pueblos no triunfaban en la época que la revolución llamaba a las puestas del mundo, habría que haber esperado el triunfo de la contrarrevolución; pero sin el ejemplo ruso posiblemente no hubiera alcanzado tal grado de franqueza y de ferocidad la reacción capitalista y estatal.

He ahí, pues, que si carecemos de fuerza para contrarrestar las marchas sobre Roma; si en este período de represión no hemos opuesto barricadas al avance fascista, nadie impedirá que opongamos a las ideas de la reacción nuestras ideas. Y las ideas de libertad y de justicia vencerán a las de dominación del hombre por el hombre y a las de la arbitrariedad.

Nos engañaríamos grandemente si pensáramos que la reacción sólo implica un problema de fuerza: el mismo error sería imaginar que la revolución es también un mero problema militar. La revolución como la reacción son movimientos sociales que responden a concepciones especiales de la vida y que ven en la violencia un instrumento para hacer valer sus principios, pero que no pueden cimentar en la violencia su razón de ser. La reacción es el mundo de la explotación y de la dominación en la lucha activa por su persistencia y su seguridad. La revolución es la lucha por un mundo de libertad y de igualdad; lo fundamental de la revolución no es el tiroteo o el motín callejero, si no las ideas del nuevo orden de cosas a que aspira y que predica.

No existen motivos de desencanto; si nuestras fuerzas materiales no opusieron barricadas de piedra a la marcha fascista, opondremos las barricadas indestructibles de nuestras ideas. La desilusión del estatismo alcanzará a todos los hombres sanos de corazón y entonces habrá llegado nuestra hora. Nuestras barricadas de ideas serán fortalecidas vigorosamente y se transformarán en barricadas de piedra.

LA ILUSIÓN DEL DEMOCRATISMO

No queremos hacer un resumen de las infamias escritas y pregonadas contra los anarquistas por haberse atrevido a levantarse objeciones contra la mentira democrática; hace cincuenta años que nuestro movimiento expresa con claridad meridiana la significación de esa piadosa ilusión; y podríamos llenar un libro con los adjetivos injuriosos y despectivos de que se nos hizo objeto; por fin ha llegado el momento de la caída de la democracia, burguesa o socialista, pues en último resultado sólo difieren en sutiles divergencias nominales.

Y los que hace pocos años oficiaban de sacerdotes celosos del democratismo, los más irreducibles y los más fanáticos, apelan hoy a la dictadura. En lugar de seguir la evolución natural del pensamiento y reconocer nuestras ideas, el mundo político, socialista y revolucionario, obligado a constatar la muerte de la democracia en la impotencia y en

des crédito, da máquina atrás y vuelve a empuñar el arma política del despotismo, el instrumento de la dictadura.

Donde los Parlamentos existen sólo ejercen funciones decorativas, como siempre, pero de una manera mucho más ostensible y palpable. En España, en Italia, etc., se estimó oportuno y conveniente dar al Parlamento la misión que le corresponde o sea la inacción. No se necesita ser un profundo conocedor de la vida política para comprobar que el parlamentarismo no existe ya en casi ningún país, que la realidad política es la dictadura declarada como en Rusia, en España o en Italia, o la dictadura disimulada defectuosamente gracias a la persistencia formal de la decoración parlamentaria. En Francia vemos aún la apariencia de Parlamento; pero la verdad es una dictadura irresistible del grupo industrial cuyos intereses representa Poincaré. En la Alemania de los socialdemócratas, el último refugio de la democracia, la constitución de Weimar ha pasado a la categoría de los trastos viejos, y el sistema de gobierno es una dictadura militar que interpreta los sentimientos y las aspiraciones de los agrarios y de los grandes industriales reaccionarios.

No somos nosotros solos ya los que nos burlamos del parlamentarismo; nos acompaña la totalidad de la opinión de todas las esferas sociales. ¿Quién es el que defiende hoy la democracia? Es posible que en los congresos socialistas se pronuncie aún esa palabra vacía; pero en verdad hasta los mismos gobiernos socialistas se burlan de ella. Sólo que en lugar de sustituir la democracia mentirosa con nuestra ausencia de todo gobierno, con nuestra ANARQUÍA, se generalizó el método gubernativo que en otros tiempos se empleaba solamente en períodos excepcionales: *la dictadura*. Cincuenta años han sido mantenidas las masas populares con esa panacea absurda que ha costado tantas desilusiones. Y esa panacea fraguó la fortuna personal de muchos arribistas, pero encadenó más aún el trabajo al carro del capital. “El Parlamento es la contrarrevolución”, decía Proudhon al pueblo francés; pero no fue comprendido ni escuchado. “El sufragio universal es el sello de la legalidad en la esclavitud de los trabajadores”, repitió Bakunin en todos los tonos; Malatesta ha creído deber dedicar los más grandes esfuerzos de su vida a sacar a la vergüenza pública la mentira democrática y el peligro que representa esa ilusión para las masas obreras.

Por otra parte, la evolución de la democracia hacia la dictadura no tiene nada de particular. Hace años leíamos en un libro del viejo Eucken, más o menos, que no es un hecho del azar que Alemania, en donde la tendencia a la omnipotencia del Estado es tan señalada, sea precisamente el país en que la socialdemocracia ha hecho más rápidos progresos; y es que la socialdemocracia, según Eucken, interpreta la tendencia a la estimación exagerada del Estado; y del Estado a la dictadura el paso no es muy grande. Lo dieron primeramente los bolchevistas, y a los bolchevistas siguieron todos los partidos obreros y burgueses. Si hoy se levantara una voz sería en defensa del democratismo, sólo provocaría burlas y risas. Donde se admire el Estado no puede eludirse la admisión y el reconocimiento del Estado despótico. Gracias a los acontecimientos políticos y sociales de esta época, el carácter despótico del Estado en general ha sido descubierto y puesto a la luz del día; si el proletariado internacional no comprende la significación del principio de autoridad en la vida social de ahora, no hallarán nunca un instante más propicio para un conocimiento intuitivo y sensible.

DICTADURA Y ANARQUÍA

Tenemos que señalar un progreso indudable en el dilema político de la sociedad moderna; antes se hablaba de teocracia o de aristocracia, de república o monarquía, de gobierno de la burguesía o gobierno de los trabajadores; actualmente los términos del problema social están planteados más claramente: *o dictadura o ANARQUÍA*. Ya no hay términos medios, después de

haber desaparecido los suavizamientos teológicos de la acción estatista. Todos los sistemas de gobierno se unieron sobre la base del método dictatorial, que es el verdadero, el gobierno sin disfraces ni paliativos. Ejérzase la dictadura en nombre del fascismo, de la casta militar, de los grandes industriales o del proletariado, el resultado es el mismo: el encadenamiento y la miseria de las clases trabajadoras y el fortalecimiento de la posición de los privilegiados. Contra la dictadura no hay ya el recurso de la mentira democrática, del constitucionalismo, del liberalismo, de la expresión de la voluntad popular en las elecciones. Las experiencias han sido bastante dolorosas y satisfactorias como para no volver a reiniciarlas. El que hoy no admite la dictadura, si es honesto y sano de corazón, si no busca la satisfacción de sus propios intereses a costa de los intereses ajenos, no puede volverse más que a la ANARQUÍA.

Los comunistas no se atreven ya a decir como en los primeros tiempos: o dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado. La similitud salta a la vista del más torpe. Las palabras de orden de hoy y de mañana son y serán: *o dictadura o ANARQUÍA*, Estado o ausencia de Estado.

Debemos insistir hasta el cansancio en ese dilema de la época, que no es nuevo para nosotros, pero que es nuevo para los pueblos en su totalidad. El Estado es la dictadura, es el despotismo. Si los períodos de calma social envuelven en disfraces más o menos transparentes ese carácter esencial del estatismo, el menor peligro efectivo para la estabilidad del orden imperante quita la máscara al liberalismo gubernativo.

La iniciativa libertaria de que nos habla Nettlau sería hoy ésta: una nueva cruzada unitaria para ofrecer a las masas obreras y a los elementos sanos de la vida social de todos los países, los términos del dilema presentado por las circunstancias de esta época: o dictadura o ANARQUÍA. Hasta ahora ese dilema fue defendido en nuestra propaganda teórica, pero hoy surge de la vida misma y será mejor comprendido si exponemos el ejemplo de la realidad que si aducimos razones más o menos abstractas. El Estado liberal era una ilusión que difícilmente superaban nuestras críticas en la conciencia de las grandes masas; la realidad ha venido en nuestro apoyo y debemos aprovechar la coincidencia para fortalecer la significación de nuestras ideas.

Se habla de una revisión del anarquismo; no creemos que necesite revisión alguna, sino su comprensión. La vida cotidiana no exige rectificaciones en nuestras ideas; al contrario, las ratifica, y debemos hacer esa ratificación y divulgarla por todos los medios.

Los planos de la unificación de las fuerzas vitales de la sociedad contemporánea son por una parte el Estado y por otra la ANARQUÍA; en este momento la balanza se inclina de parte del estatismo y triunfa la reacción. Cuando llegue nuestra hora los sentimientos antiestatistas no se perderán en las vías intermedias y falsas de un liberalismo vergonzante, si no que aceptarán plenamente nuestras conclusiones. Esto habrá que agradecerlo en primer lugar a la experiencia rusa, cuyos resultados han sembrado el desaliento en las masas revolucionarias. Es inútil que los rublos rusos intenten disimular la desilusión de los trabajadores rusos: el moscovitismo no es un movimiento popular, sino una propaganda de asalariados del gobierno del Kremlin, cuyos fundamentos son artificiales. Por esa razón, para desviar las masas obreras del obsesionante dilema: dictadura o ANARQUÍA, los abogados de la dictadura rusa no hallan mejor medio de la calumnia y la difamación del anarquismo y de los anarquistas.

EL ANARQUISMO FRENTE A LA REACCIÓN

Cuando se inició el avance franco de la ola reaccionaria que dominó en poco tiempo el mundo entero y sofocó las aspiraciones proletarias en los himnos triunfales del despotismo, surgieron

voces que nos apelaban -con sinceridad unas y maquiavélicamente las otras- a la formación de un frente único revolucionario contra tal o cual movimiento de la reacción. Nosotros hemos visto nuestras fuerzas verdaderamente unidas contra el enemigo común y no entendíamos que fuera posible un frente único: pues no ignorábamos nuestra soledad y nuestro aislamiento en la lucha contra la dictadura. Nos asombró tanto la proposición de los comunistas para combatir el fascismo de Mussolini como nos hubiera asombrado la proposición de Mussolini para combatir el fascismo de Lenin. Tales procedimientos no entran ya en nuestra táctica, pues en las contiendas entre las clases dominantes, los revolucionarios no tienen nada que ganar y en cambio pueden perder mucho. Ayudando a un gobierno contra otro, lo que haríamos sería reforzar la existencia de los gobiernos en general. El anarquismo es una doctrina antiautoritaria y no puede pactar acciones comunes más que con las masas populares, y eso porque esas masas populares son instintivamente anárquicas y sólo hace falta que despierten de veras para que realicen en la vida práctica nuestras ideas. Con partidos de gobierno o con gobiernos, cualquiera que sea su color o su origen, no tenemos nada que hacer; el contacto sólo podría perjudicarnos, porque nos llevaría a nuevas desilusiones, y a constituciones infantiles innecesarias. El anarquismo no nació ayer a la vida revolucionaria y posee ya suficiente experiencia para no incurrir en estos momentos en inútiles desviaciones de su acción, desviaciones que fortificarían la situación de los elementos y las ideas del pasado.

El anarquismo ha resistido el otro gran período de reacción de la historia contemporánea: el que siguió a la Comuna de París y contiene en sí la fuerza moral necesaria para superar este período crítico que atravesamos. El socialismo autoritario quedó vencido en la otra gran reacción y no volvió a ocupar su puesto en las luchas proletarias, en las que pretendía antes de la Comuna llenar una misión; hoy vemos cómo el socialismo autoritario se ha puesto a la cabeza de la reacción estatal y capitalista en casi todos los países; en la arena del combate revolucionario no queda más que el anarquismo, y el anarquismo es indestructible, indestructible precisamente porque no es un mero problema de fuerza, susceptible de caer vencido tras los resultados de una batalla victoriosa para sus enemigos. El anarquismo es un producto social y un problema moral contra el cual es impotente la tcheka y el *manganello*. El *manganello* o el revólver, la granada de mano o el destierro a Siberia pueden matar los hombres, pero las ideas persisten y no son vencidas más que con las ideas. Sólo cuando el leninismo o el mussolinismo demuestren a los pueblos que sus concepciones de la vida son superiores a las del anarquismo, tendrán verdadera eficiencia sus sistemas de terror contrarrevolucionario.

Se nos pregunta por nuestra posición frente al problema de la reacción triunfante. Los comunistas nos dicen: he ahí nuestra resolución, queremos el frente único de todos los elementos de izquierda (esto lo dicen en ciertos países, en otros buscan el frente único con los elementos de la extrema derecha). Nosotros no hemos intentado nunca comprimir en una resolución protocolar nuestra actitud frente a un período histórico tan complejo. En ciertas ocasiones no sabríamos qué responder a tal pregunta. Son tales nuestras preocupaciones en la lucha contrarrevolucionaria, que nos queda poco tiempo para dar una expresión literaria a nuestras tareas; frente a la reacción podemos asegurar una cosa: *que no nos rendimos ni transamos; que no desertamos de nuestro puesto; que no arriamos nuestra bandera*. En esa actitud espiritual está el secreto de nuestra persistencia a través de todos los períodos, de los de prosperidad y de los de sombría tragedia. Y sería mucho más fácil mencionar lo que hicimos que predecir lo que haremos en la lucha contra la reacción. Pero una cosa es cierta: cumpliremos con nuestro deber, y cuando esta inflación despótica haya pasado y la reacción se haya descompuesto en su propia inconsistencia y en sus crímenes, el anarquismo aparecerá en su puesto, más rico o más pobre en adeptos, pero siempre con la misma fe y con la misma tenacidad.

Si escuchamos los lamentos de las víctimas de la guerra social, no percibimos apenas más que la voz de nuestros camaradas; si queremos constatar el espíritu de sacrificio opuesto a los

avances de la reacción, no tropezaremos por ninguna parte con el heroísmo de los “revolucionarios” autoritarios. Además, aparte de la resistencia activa, que en nosotros no cesa jamás, la reacción no es un mero problema de fuerza: es un movimiento de ideas. Con la mera fuerza se vence *una* reacción, es decir, la dictadura de Pedro; pero ocupa de inmediato su puesto la reacción de Pablo. Nosotros estamos contra la reacción en general, contra la reacción en todas sus manifestaciones, de las cuales no es la más importante ni la más esencial la que se expresa en la violencia persecutora que se ceba en los revolucionarios; estamos contra la reacción de Pedro y contra la de Pablo, contra la republicana y contra la monárquica, contra la militar y la democrática, contra la aristocrática y la soviética. Y manteniendo esa actitud firme, venceremos; nuestra derrota en este triste período de reacción, sólo sería efectiva si pactáramos compromisos e hiciéramos concesiones en daño de nuestras ideas libertarias.

Más aún si cabe: en momentos como el que vivimos debemos velar por la pureza y la integridad del anarquismo; en estos momentos, como diría Bakunin, ni en las palabras hay que hacer concesión alguna; en los períodos de acción revolucionaria, cuando es preciso interesar para la acción inmediata grandes masas, entonces, y sólo entonces, nos es permitido hacer concesiones en las palabras; pero no en los hechos ni en las ideas.

LAS EXPEDICIONES DE BENEVENTO

Hace cincuenta años hubiéramos hecho la apología de la expedición de Benevento o participado en los riesgos de los internacionalistas italianos con la más grande simpatía y con la más firme confianza en los resultados de nuestra obra. Hoy hasta los más exaltados contestarían que una expedición semejante no tiene objeto alguno, que sería una revelación de insania mental y que sólo acarrearía daños al movimiento revolucionario. Pero no hay que engañarse, si hoy vemos bajo otras perspectivas la táctica de la propaganda por el hecho, como la entendían Cafiero y Malatesta, no es porque en primer lugar hayamos progresado tanto ideológicamente, sino porque cambiaron las circunstancias externas. Tampoco simpatizamos con los Netchaief de la actualidad, aunque los Reinsdorf, los Kammerer, etc., de hace medio siglo, nos merezcan la mayor estima y la más grande consideración; son las circunstancias externas las que cambiaron, y, por tanto, es a ellas a quienes hay que atribuir nuestras concepciones actuales; si Reinsdorf viviera actualmente, con un cerebro tan equilibrado como el suyo y una grandeza moral tan extraordinaria, no dedicaría probablemente pensamientos ni esfuerzos a conspiraciones como la de Niederwald; sin embargo, si se produce un hecho como el de Wilckens, no escatimamos la solidaridad ni disimulamos la satisfacción. Si las condiciones que hicieron surgir el período terrorista de nuestro movimiento se produjeran, total o parcialmente, es claro que volveríamos de un modo natural al terrorismo; pero siempre en la convicción de que los resultados finales y positivos no son productos de hechos individuales, sino de la acción de las grandes masas. Hoy no hacemos expediciones a Benevento, porque el ambiente es muy diverso y sabemos que están condenadas de antemano al ridículo. Lo que hace medio siglo era una epopeya de heroísmo, hoy sería un sainete infantil e insensato. ¡Ojalá permanezca siempre en nosotros el espíritu de sacrificio y el amor a la causa revolucionaria que guiaba a los expedicionarios de Benevento!; pero así como uno de los supervivientes de ese episodio, Malatesta, se ha vuelto a la acción de las grandes masas, llevando en el corazón los mismos sentimientos y la misma fe en los destinos de la humanidad que cuando enarbolaba la bandera roja y negra de la Internacional en las ruinas de Castel del Monte, así debemos nosotros modificar la táctica de acuerdo al período que vivimos, sin que eso implique una concesión a la realidad, pues las concesiones existen allí donde se transa en cuestiones y en posiciones que nuestra conciencia interior nos revela justas y legítimas. Hoy no seguimos la acción de los revolucionarios de Benevento, aunque procuramos seguir las huellas de su espíritu, porque la vida nos ha puesto frente a otra mentalidad colectiva y a otra estructura

social. Hace cincuenta años no hubieran llegado las hordas de Mussolini a Roma sin tropezar con la resistencia de los guerrilleros de la Internacional. Actualmente nos hubiera parecido una locura el que media docena de hombres intentaran detener el avance fascista; eran las grandes masas y los revolucionarios con ella los que debían hacerlo; las grandes masas no se movieron y hasta vieron con una cierta simpatía el triunfo del nuevo tirano.

El movimiento de la reacción internacional que constatamos no será detenido por nuestra acción individual. La caída de un tirano puede en ciertos momentos tener una gran repercusión; pero en época de reacción general produce un efecto contrario al deseado. Si Lenin hubiera caído víctima de los crímenes amparados en su dictadura, hubiéramos sentido tan poca compasión como cuando cayó el teniente coronel Varela; sin embargo, los resultados finales serían muy débiles; hoy ha muerto Lenin de muerte natural. Con ello ganamos directamente muy poco, mientras quede en pie el leninismo. Mussolini podría también caer un día muerto de un balazo o de un resfriado; con ello no habría muerto el fascismo: tal vez se fortalecería y se agudizara, al contrario, su San Bartolomé permanente contra los elementos revolucionarios. Hay que interesar a las masas populares en la labor contrarrevolucionaria; sin ellas, nuestros esfuerzos serán siempre estériles, porque así como la reacción no es un movimiento de menos individuos, sino un movimiento social que interesa grandes capas de población de todas las clases de la sociedad, tampoco la contrarrevolución o la revolución pueden ser obra de las minorías, sino de las grandes masas. No ignoramos el valor de las minorías ni nuestros deberes como tal; pero dado que no somos un partido político que aspira a la conquista del Poder, sino a su destrucción, debemos reconocer que el poder autoritario no se apoya o no se descansa sólo en las espaldas de un individuo o de una camarilla que pudiéramos destruir a tiros de revólver, sino en grandes masas de la población y en la pasividad de la mayoría de los hombres -un elemento este último que beneficia tanto o más a los poderes dominantes como a la defensa activa del pueblo del privilegio y de la explotación-.

Nuestra misión de hoy, como la de mañana, debe consistir en interesar a las grandes masas de la población en las aspiraciones de libertad y de bienestar para todos, por el camino de la destrucción de los Estados. Si no responden siempre a nuestro llamado, seamos estar solos, sin arriar la bandera. Llegará el día en que la semilla sembrada dará su fruto. Han Ryner ha insistido sobre la necesidad de *saber esperar*; para los reformistas, saber esperar es acomodarse mientras llega la hora de la reivindicación; para nosotros, saber esperar no significa de ningún modo paralizar nuestra labor, sino continuarla tenazmente, aun en la seguridad de que los frutos no serán inmediatos. Saber esperar, en el sentido de Han Ryner, no es abdicar la voluntad, no es desistir del esfuerzo creador, no es adormecernos ni pactar con lo existente. Tal vez sólo los anarquistas sean los únicos que saben esperar. En Malatesta tenemos un ejemplo; él espera los días mejores y sabe aprovechar los malos y los penosos en una labor útil de afirmación del pensamiento y de la voluntad. Los anarquistas deben saber esperar en su puesto, no en el Parlamento o en otro pacto con el mundo del privilegio.

Las grandes masas oirán nuestra voz y entonces venceremos. Mientras llega la hora, no olvidemos jamás que no tenemos derecho a exigir de los otros lo que no estamos dispuestos nosotros mismos a hacer. Y que nuestro ejemplo en las horas aciagas puede servir de guía a los pueblos en las horas prósperas y felices.

Los que en las reuniones de cafés exigen *hechos*, resoluciones enérgicas; los que claman como energúmenos su valentía y reprochan al movimiento anarquista su serenidad frente a un movimiento reaccionario de tanto alcance como el que vivimos, esos no llegan jamás a los hechos ni mantienen el fuego fatuo de su revolucionarismo, cuando se convencen que el triunfo no es para mañana mismo. ¿Quién sería capaz de dar a los anarquistas el ejemplo de la acción y del espíritu de sacrificio? Fácil sería demostrar que ningún partido socialista o fracción obrera puede compararse al anarquismo por su actividad y su vitalidad. Pero hemos superado ya aquel período en que Most repetía: “Si tuviera cien hombres decididos haría mañana la revolución en

Nueva York”. No, no es con cien hombres ni con mil como haremos la revolución; Malatesta no intentaría su vieja expedición de Benevento, aunque tuviera a su disposición un millar de hombres tan bravos como aquel puñado de 1877; y no porque los años hayan templado su ardor juvenil, sino porque nuestra revolución es tanto como un cambio exterior, una transformación de la mentalidad colectiva.

EL HEROÍSMO DE LA RESISTENCIA

No es tarea de orden secundario ni que deje de poner a prueba los caracteres firmes y tenaces y los corazones heroicos, la que exige esta hora, cuya gravedad nos hace aparecer como una dicha la simple conservación de nuestras posiciones. Muy lejos de pensar en avanzar, tenemos que hacer todo lo posible por no retroceder; y para la resistencia defensiva contra la reacción, no es necesario menos valor y menos arrojo que para el ataque ofensivo a los poderes del pasado en los períodos propicios en que las ventajas están de nuestra parte. Regularmente los hechos más heroicos de la Historia están en la resistencia y no en el ataque. El ataque supone ya, por lo general, condiciones adecuadas y una cierta seguridad en la victoria final; la resistencia, sobre todo cuando no es en pro de un mero interés, sino de un ideal, es una de las expresiones más sublimes de la vida humana, porque los que resisten son casi siempre inferiores en número a los que atacan, y luchan en condiciones desventajosas, revelando un espíritu de sacrificio conmovedor.

En la conciencia de que somos una minoría y de que estamos solos, entramos con el espíritu de la resistencia heroica en este negro período de la historia contemporánea. Hay en nosotros la convicción íntima de que las fuerzas del pasado no conseguirán confundirse con las del porvenir; que el mundo de la autoridad no se acercará al mundo antiautoritario; que la ANARQUÍA sabrá defender sus concepciones con la abnegación y el espíritu de sacrificio que testimonia la historia entera de los movimientos sociales modernos. Ninguna fuerza de reacción será capaz de desalojarnos de las posiciones conquistadas, si el fuego sagrado de nuestras ideas es alimentado siempre con los materiales del nuevo mundo moral, social y económico que intuimos y anhelamos. Si el anarquismo se mantiene puro de infiltraciones autoritarias; si resiste las desviaciones y las seducciones de momentos ilusorios pasajeros, tal vez lo sorprenda la aurora del despertar de los pueblos con menos adeptos; pero esto no significa para nosotros sino un problema de orden secundario; las palabras de aquel revolucionario francés: “Antes de las jornadas de julio de 1789 los republicanos franceses se podían contar con los dedos de la mano; al día siguiente de los hechos el número había ascendido a centenares de millares”, son todavía aplicables. Para nosotros lo esencial no es el número de los que hoy reconocen nuestras ideas, sino las ideas mismas; el número se nos dará por añadidura; la historia entera, la evolución de las cosas marcha hacia la ANARQUÍA; los partidos revolucionarios autoritarios viven algunos años en la arena de la oposición política; emplean durante algún tiempo un lenguaje de fuego que asusta a la burguesía, pero su claudicación no está lejos de su nacimiento: llevan la traición en las entrañas, pese a la sinceridad de sus adeptos y particularmente de sus jefes mismos. Primero fueron los republicanos los que acudieron a las masas populares, después los socialistas reformistas, luego los socialistas revolucionarios; todos han saltado la barrera desde que llegaron al Poder. Sólo el anarquismo está en su puesto como la única esperanza de las masas oprimidas y explotadas del mundo entero. No perdamos de vista que no corre peligro únicamente nuestro movimiento exterior, sino en primer lugar y principalmente nuestro mundo ideológico. La reacción brutal de una banda asesina puede hacer mermar las filas de los combatientes de la ANARQUÍA con la sangre y el fuego; pero un período de regresión moral como el presente amenaza también nuestro mundo espiritual. Hay una amplia tendencia a reafirmar los viejos fetiches en sus puestos de honor en las esferas del privilegio y se compite en esfuerzos para sembrar el veneno de la autoridad en todas las

manifestaciones de la vida y del pensamiento; esto es más peligroso aún que el avance fascista sobre Roma, porque el avance fascista es sólo un fenómeno externo y secundario, mientras que lo esencial es la regresión moral humana que hizo posible el nacimiento del fascismo.

Advertimos actualmente como primera consecuencia del influjo de la reacción, un principio de avance de la reglamentomanía en nuestra mentalidad: muchos notables camaradas se entretienen en dar soluciones a los problemas del porvenir con una serie de comités y de reglamentaciones hábilmente planeados. Hemos visto siempre esa preocupación por el mañana con desconfianza, como se observa un peligro; no es que no nos inquiete a nosotros también el mañana; todo lo contrario: es para el mañana para quien trabajamos hoy; pero tenemos fe en la vida y no quisiéramos que nuestra ideología encerrara el porvenir en las jaulas de una “reglamentación social”, ese oficio de subyugar el porvenir a legislaciones previas había sido hasta ahora entretenimiento de los políticos; nosotros hemos dicho siempre que no sabemos qué formas tendrá la sociedad futura y que no podríamos saberlo; pero hemos constatado que la autoridad es el mal y que el mal es biológicamente rechazado; sabemos que si el porvenir se desarrolla libremente, la autoridad, el Estado, desaparecerá, pues desaparecería ya hoy si no estuviera en interés de los privilegiados su mantenimiento con la fuerza de las armas, la prisión, el terror, la muerte.

Resistamos heroicamente la reacción en todas sus formas y de acuerdo a nuestras fuerzas; donde nuestro vigor físico no nos permita oponer un frente de lucha fuera armada a los avances sobre Roma, fortifiquemos al menos el frente de lucha de nuestras ideas y no abandonemos el puesto; que el salvajismo de la reacción pase antes por encima de nuestros cadáveres que por encima de nuestras ideas. Mussolini llegó a Roma; la sangre de millares de nuestros camaradas alfombró su marcha triunfal, pero nuestras ideas están en pie: el poder de la reacción no logró convencer ni desviar de su camino a Malatesta.

El ejemplo de los anarquistas de la Argentina, que supieron proclamar bien alto que antes de sacrificarían las organizaciones que las ideas, es decir, que mantendrían la pureza de los principios libertarios aun a costa de quedar sólo un puñado de combatientes, comienza a ser comprendido y seguido en todos los países. Con ese temple moral no tenemos por qué poner en duda si el porvenir será nuestro, bien nuestro.

TRANSITORIEDAD DE LA REACCIÓN

Las profecías son siempre aventuradas y más cuando se refieren a sucesos históricos del porvenir. Pero se puede asegurar una cosa: que la reacción es por sí misma un fenómeno inestable y por lo tanto de una duración limitada. Es posible que persista unos años más o menos; su destino es el mismo que el de la paz fundada sobre las bayonetas: una ilusión pasajera. La reacción ha llegado al término de su crecimiento cuando ha llegado supuestamente al dominio de la vida social. Junto a la cima comienza fatalmente el descenso. Basta mirar retrospectivamente la reacción de la época de la Santa Alianza y la que siguió a la derrota de la Comuna, para reavivar en esta negra hora la llama de la esperanza. Es cierto que la división de clases y de ideas está hoy más marcada que nunca y que la Santa Alianza se presenta hoy con más conciencia de sus fines y de sus medios que antes, y que por consiguiente tratará de asestar golpes más certeros y terribles; pero no podemos dejar de constatar que las fuerzas de la revolución son hoy más grandes que antes, en número y en conciencia. Los revolucionarios de aquellos períodos, las masas al menos, eran movidas más bien por sentimientos que por reflexivas deducciones; nuestras fuerzas actuales se agitan conscientemente procurando comprender el significado de sus movimientos.

Nettlau nos ha señalado la utilidad de la propaganda en los países americanos no invadidos aún por el capitalismo moderno; efectivamente, muchos países de Europa quedarán por algunos años cerrados para nuestra propaganda, y en los demás, el movimiento no podrá adquirir grandes proporciones, porque todos los países de la Europa occidental son solidarios en su vida económica, social, revolucionaria y política. Sólo los nacionalistas ciegos han podido creer que el triunfo de Francia o de Alemania en la gran guerra, significaría el bienestar del país vencedor; la realidad nos ha demostrado que las leyes económicas que rigen el mundo no reconocen tampoco fronteras. Si la situación es mala en Alemania, no será risueña en Francia y viceversa. La vida revolucionaria tampoco reconoce las fronteras políticas, y si en España y en Italia, por ejemplo, domina una dictadura feroz, que sofoca en sangre y en lágrimas la expresión de nuestras ideas, no hay que esperar que los demás países de Europa, aunque estén gobernados por los Ebert, Millerand o MacDonald, constituyan un refugio para nuestro movimiento. Pero los países americanos podrían ser una esperanza para el porvenir, si la bandera de la ANARQUÍA es plantada en ellos antes de que aparezca con toda la cohorte funesta el caballo de Atila del capitalismo moderno y la ideología de la socialdemocracia parlamentaria y cien veces traidora.